

BN
RD863.3
F814c

Amalia Franzoni

CIERZO EN PRIMAVERA





**Biblioteca
Nacional**

**PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA**

EXLIBRIS



F. Henriquez y Carvajal

COLECCION



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE
INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES Y DOCUMENTACIÓN

33061



Amelia Francisci

CIERZO

EN

PRIMAVERA

SANTO DOMINGO

IMPRESA "LA CUNA DE AMERICA"

1902



Al distinguido señor
Don Federico Henríquez
Carvajal, obispo
mitre de América

En la memoria de mi siempre lamentado
amigo el gran poeta dominicano don José
Joaquín Bárez, homenaje de gratitud y
de sincera admiración.

Amelia Francisci.

2 de Enero 1992





33061



BN
RD 863.3
F814c

BN
RD 863.3
F814c
2.3

MI PRETENDIENTE.

Historia habanera.

I.

—Dolores, estás ahí? Abre la puerta, dijo una voz desde afuera.

—Está abierta, entra, contesté yo reconociendo á mi hermana Olimpia.

Esta entró como un vendabal empujando la puerta del gabinete en que yo me hallaba, y diciendo atropelladamente:

—Te he buscado por toda la casa y...

Empero calló medrosa y casi en el dintel se detuvo al verse en la oscuridad. Allí había entrado yo

018757



un rato antes sin luz, aunque era de noche en busca de un cuaderno de música que necesitaba, mas, sintiéndome cansada y deseando estar sola, me encontré tan bien que me senté en la pieza y olvidé la hora.

—¡Qué oscuro está esto! exclamó Olimpia con voz temblorosa. ¿Cómo tienes valor para encerrarte tan lejos del salón? No te veo todavía.

Ella era muy cobarde. Por nada en el mundo hubiérase atrevido á entrar sola en una pieza á oscuras como aquella y aún estando yo allí tenía miedo. Burlábase de los fantasmas y sin embargo temíales de un modo increíble, como una loquilla que era.

—Sal de aquí, vámonos, me dijo con voz poco segura aún, á pesar de ver ya mejor por la luz que del corredor, en cuyo fondo estaba situado el gabinete, penetraba allí tenuemente.



Dejé mi asiento, divertida con los temores de Olimpia, que dió algunos pasos todavía vacilante y se acercó á mí.

—Te he buscado y no podía hallarte...

—Ya me ves, vine aquí huyendo de las fastidiosas visitas del salón.

—Se fueron ya. El que está aguardándote ansioso, hace media hora, es tu pretendiente.

—¡Olimpia!

—¡Y qué! ¿Por qué no decirlo? ¿No es acaso la verdad?

—Eres una loca y una tonta!

Olimpia me hizo una reverencia.

—Gracias, me dijo. Y ven! No le hagas desesperar más. Te digo que no cabe en su asiento. Ya verás lo que te ha traído.

Olimpia parecía una chiquilla de catorce años, á pesar de sus diez y ocho cumplidos. Era pequeña, graciosa, con una carita redonda, blanca y muy rosada que daba gusto ver; además tan alegre,



tan viva, tan decidora, siempre de un chiste ó alguna travesura, zalamera y de un mimo que la hacía más querida que yo de nuestros padres y de todos los de la casa. A nuestra llegada á la Habana, en donde residíamos hacía algunos años, nadie quería creer que fuera la mayor entre las dos, porque según era ella de raquílica para su edad, y de niña por su carácter, era yo de precozmente desarrollada en mi sér físico y de seria en mi sér moral. Olimpia gozó largo tiempo por este motivo de todos los privilegios de la niñez que á mí me fueron vedados prematuramente. Todo se le toleraba. Gustaba de burlarse de mí en todos los casos, y algunas veces me mortificaba sériamente con sus bromas hasta hacerme llorar. La del pretendiente era una de las que yo menos podía soportarle.

—Desde que llegó, añadió Olim-



pia envalentonada por hallarse cerca de mí, y toda entregada á su malicia natural, está con un ramo enorme de rosas en la mano, sin ofrecérselo á nadie. Bien sabemos Juanita, Matilde y yo que te lo destina, aunque nada haya dicho; nosotras, por maldad, no te hemos nombrado siquiera, para que no sepa donde estás, y él no se ha atrevido á preguntarlo; pero te busca con unos ojos! ¡Y está inquieto! ¡Si le vieras! Se ha pintado más que nunca, porque tiene completamente negros los cabellos y la barba; y ha venido tan arreglado! con un lazo de corbata tan bien hecho! y muy perfumado también! Ven, vamos á divertirnos esta noche en grande! Juanita, Matilde y yo nos mirábamos á hurtadillas, y yo tuve que salirme del salón por no estallar en risa, viéndolas á ellas y al pobre don Gonzalo tan disimulado á pesar de estar en un potro

de tormento por no haberte visto ni saber de tí. Ven pronto para que veas que ramo de rosas tan precioso va á ofrecerte.

Olimpia me había echado un brazo al hombro y quería arrastrarme.

—Eres una perversa, le dije, desasiéndome. Estoy cansada de decirte que no te burles de ese anciano.

—¿Ese anciano? ¡Ay! si él te oyerá ¿crees que le agradaría?

¿Por qué se pinta si no es por parecer joven? me dijo Olimpia riéndose á carcajadas.

—Convengo en que es una manía la suya eso de pintarse, sin embargo...

—¿Y por qué se enamora de una chicuela que bien puede ser su biznieta?

—¡Calla Olimpia! La chicuela y la loca eres tú! Si don Gonzalo me prefiere es por lo sería que

soy y por el respeto que sabe le tengo...

—¡Tate! ¡Créelo así! El mejor día pide tu mano...

—No debo hacerte caso, dije á Olimpia, acercándome maquinalmente á un espejo para arreglarme mi prendido que tenía descompuesto.

—No te compongas más, exclamó ella, asiéndome de un brazo y apartándome del espejo: ¿quieres volver á ese pobre viejo más loco aún de lo que está? Para él en toda la Habana no hay otra tan linda como tú! Bien sabes que como quiera que te vea le pareces mejor que ninguna.

Olimpia, casi á remolque, logró hacerme salir de la habitación y yo me dejé arrastrar porque deseaba desembarazarme del diablillo de mi hermana y saludar á don Gonzalo.

La casa que habitábamos era antigua, estrecha, de dos pisos y per-



fectamente acomodada á nuestra entonces modesta posición. Hallábase situada en la calle de P. algo exéntrica, no obstante eso, una de las mejores avecindadas de la populosa ciudad. En ella vivía también don Gonzalo, quien, á título de vecino, había entrado en relaciones con nosotras y nos visitaba casi diariamente.

Llegamos al salón, uno de esos salones bastante vastos, como casi todos los de ya antigua construcción que existían aún en la Habana y que ofrecía en su mobiliario algunos vestigios de nuestra anterior fortuna, donde la familia se hallaba reunida.

Allí estaba mi padre, anciano de carácter muy vivo, aunque casi por completo inválido de las piernas y teniendo que hacerse arrastrar en un sillón para moverse de un lado á otro; mi madre, entrada en años; también mis dos hermanas Juanita y Matilde, la una no

ya muy joven y muy arreglada, era la más exigente de diversiones y de obsequios entre todas nosotras; la otra, hermosa y tan modesta, sumisa y bonachona que en todo se dejaba eclipsar por la mayor.

Todos escuchaban á don Gonzalo que narraba algo cuando entramos Olimpia y yo en el salón.

—¡Atiende! díjome la maliciosa, tocándome al codo y en voz muy baja; observa la cara que pone y mira con que ímpetu se levanta al verte.

En efecto. El pobre don Gonzalo al aproximarnos, principió á tartamudear y se detuvo en lo mejor de su historia sin saber como continuarla. Véase que á pesar de su extremado uso del mundo, de su completo dominio de sí mismo, estaba conmovido. Sus movimientos trémulos así como sus chispeantes miradas le denunciaban como reo del ridícu-



lo que le imputaba Olimpia. ¡Pobre don Gonzalo! al acercármele para saludarle, levantóse con precipitación, adelantó algunos pasos y me presentó el ramo de rosas de que me habló Olimpia.

Era magnífico en verdad. Parecía imposible que en un solo vástago, pudieran abrir y desarrollarse tantas rosas como las que había en aquel ramo, que constituía por sí solo, con sus rosas y botones un verdadero ramillete.

—Dulce y bella amiguita mía (así me llamaba él siempre) díjome temblándole ligeramente la voz, tenga la bondad de aceptar esto que he traído para usted. E inclinándose delante de mí me entregó las flores.

—¡Oh don Gonzalo! ¿Por qué tomarse tanta molestia por mí...? Qué preciosas rosas! Se lo agradezco infinitamente, exclamé yo sin saber lo que decía, importunada por las miradas de reojo

que entre sí se lanzaban mis hermanas.

Juanita y Olimpia y hasta la misma Matilde, á quien habían metido en el complot para hacerme enfadar, todas disimulaban una burlona sonrisa con la cual acababan de desconcertarme.

—Para usted nada es mucho, señorita, replicó algo balbuciente don Gonzalo, quien nada veía de lo que pasaba á su alrededor, ocupado únicamente como lo estaba, en colocar en mis manos el, para éstas, enorme ramo.

Recibílo yo bajando la cabeza como para aspirar la deliciosa fragancia de aquellas bellísimas rosas, en realidad para ocultar mi confusión: estimaba tanto á don Gonzalo! Respetábale á tal extremo, que todo lo que en su conducta parecía confirmar las impertinencias de mis hermanas me causaba pena. Con mucho cuidado llevé mis flores hasta una



consola del salón y colóquelas en un jarrón con agua apropiado al tamaño del ramillete, yendo luego á sentarme al lado de mi madre, sin volver la vista hácia mis hermanas que no cesaban de espiar los menores gestos de don Gonzalo. Este, más dueño de sí, volvió á su asiento y pareció no pensar sino en responder á mi padre que le interpelaba para contarle una de sus interminables historias.

Papá, que entre otras manías debidas á la edad y á sus penosas enfermedades, tenía la de narrar, nada vió de los diversos incidentes á que dió lugar mi entrada en el salón, más que la ocasión para él de tomar la palabra. Y de ella se apoderó de tal modo que nadie pudo disputársela. Don Gonzalo le escuchó con toda complacencia, dándole muestras de aprobación toda vez que él se las pedía, sin atreverse á interrumpirle.

Las miradas furtivas que diri-

gía hacia mi lado, alzando un poco sus espejuelos de oro, miradas que mis maliciosas hermanas interceptaban al paso, eran el único indicio de que su atención estaba violentada. Hora y cuarto se dejó acaparar por mi padre, hasta que llegó la acostumbrada de despedirse. Entonces, con su extremada cortesanía, dió á todos la mano, diciendo á cada cual una palabra amable, y á Olimpia, cuya malicia no se le ocultaba, aunque muy ajeno de creer que ella le ridiculizara, dijo con suma galantería.

—Dulce y graciosa enemiga mía, no la olvidaba á usted esta noche, quería hacerle un obsequio, pero preferí reservárselo para mañana: mañana será usted la privilegiada.

Al despedirse de mí, sus ojos, algo apagados ya, brillaron detrás de sus espejuelos, y su voz tembló ligeramente.



Don Gonzalo se marchó. Mi padre quiso retirarse á su habitación, y mi madre le acompañó prestándole su apoyo para arrastrarse hasta ella. Yo me levanté para ayudarle. Olimpia no me dejó; Juanita me lo impidió también. Matilde refa:

—¿Estás convencida? me preguntaron las burlonas. ¿Viste que era para tí el ramo de rosas?

—Y como temblaba al presentártelas...!

—Y su tartamudeo al saludarte.

—Eres su *dulce* amiga!

—¡Qué cumplidos tan rancios!

—¡Si es del siglo pasado!

¿Será verdad que tiene ochenta años?

Y decir que todavía se enamora!

—Callad, exclamé yo violenta lanzándome hacia ellas, para obligarlas á interrumpir esa lluvia de sarcasmos. Sois indignas! Mereceis...

Olimpia y Juanita reían á car-

cajadas. La boba de Matilde reía de oirlas, pero queriendo también hacerlas callar, viendo como me mortificaban.

—Olimpia, Juana, decía, no la molesteis, basta de bromas.

—Voy á decírselo á papá, les dije yo casi llorando. Vereis como les impone más respeto hacia don Gonzalo!

—Oh sí! Como que el pobresito cree que el respetable señor viene por él! ¡Y le refiere unas historias! Lo que admiró las rosas, tan ajeno de la intención con que las trae el viejo galán!

—¿Y qué hay de malo en ese obsequio de don Gonzalo? Sabe que adoro las flores.

—¿Por qué á nosotros no nos las trae?

—A tí, Olimpia, te regala dulces.

—Como á una chiquilla...

—Porque le has dicho que los prefieres...

—¿Y á mí qué presentes me ha-

ce? Y yo le he manifestado que me agradan muchas cosas, dijo Juanita que era la más exigente en realidad.

En Olimpia todo aquello era malicia pura, para divertirse á costa mía.

—¿Y el del día de tu santo?

—Por una mala vez!

—¿Acáso nos han educado pidiendo y recibiendo presentes Juana? exclamé yo. Por ser la mayor da tú el ejemplo.

—Por Dios, dijo Matilde, entre divertida y seria, no exaspereis á Dolores.

Matilde era la que más me quería, pero su carácter demasiado bonachón no le permitía enfadarse de veras.

—No es posible que todas las rosas de don Gonzalo sean para tí, exclamó Olimpia, voy á cojerme dos de las más hermosas.—Y se lanzó á la consola donde yo había



colocado mis flores, como si fuese á ejecutar su amenaza.

—¡Olimpia, Dios te guarde de maltratar mi ramo! Voy á llevárselo á mamá, grité, corriendo á quitarle el jarrón que ya tenía en las manos.

Ella hizo ademán de disputármelo, como arrepintiéndose, me lo entregó con desprecio, diciéndome desdeñosamente:

—¡Tómalo! Para nada lo quiero, si fuera joven don Gonzalo! Sériamente te disputaría sus obsequios, pero tal como es! Psché! Psché...! Lo que relucía esta noche su calva enorme contrastando con aquellos cabellos tan negros. ¿No lo notaste Dolores?

Y dándome la espalda, fuése Olimpia del salón, riendo como una loca por haberme hecho rabiar, en tanto que yo me quedaba en medio de la pieza, con mis flores en las manos, mohina y pensando con amarga filosofía, que



en el mundo los perversos son los que triunfan... Juanita siguió á Olimpia riéndose de mí como ella.

Matilde se me acercó para consolarme.

—¡Qué boba eres con apurarte! me dijo compadecida. ¿No ves que todo lo que hace Olimpia es para divertirse?

—No quiero que falte al respeto que merece don Gonzalo! Va á hacerle ridículo con sus necias invenciones...

—Todo el mundo conoce á don Gonzalo y le estima...

—El ridículo mata toda consideración, y esa Olimpia...

—Olimpia le respeta y le quiere como nosotras todas.

—Ríñela y no te rías de sus bromas.

—Así lo haré, pero principia tu por no incomodarte, dijo Matilde riendo.

No pude yo replicar. Llevé las flores á mi aposento y fuí á dar

las buenas noches á papá, suponiéndole acostado.

Aunque fuese yo menos querida de él que Olimpia, amábale más que ella y se lo demostraba con mi respeto y sirviéndole cuanto podía.

II.

Don Gonzalo de Altavilla era un tipo original. Pertenecía á una de las más antiguas y nobles familias de la Habana, descendiente de los marqueses de su nombre en España, y muy fastuosa, muy encumbrada en su origen, decaída y arruinada después. Aparentaba tener setenta años; era alto, enjuto de carnes, inclinando ya un tanto la arrogante cabeza, de regulares líneas, sobre los tam-

bién ya ligeramente encorvados hombros, blanco y sonrosado de tez, poco arrugado, y con una mirada que por momentos, centelleaba aún detrás de los espejuelos de oro que llevaba habitualmente.

En su persona, en sus maneras, en su conversación reconocíase en él á distancia, al cortesano hidalgo de otros tiempos. Era caballeroso hasta en sus menores acciones y poseía esa esquisita urbanidad que se observa en la más estricta intimidad, lo mismo que en los salones, y que es el indicio revelador de la verdadera perfecta educación. Su aire de nobleza le hacía distinguir en todas partes, por más que á algunos pareciera ridículo por lo añejo. Desde niño fué enviado á Madrid donde hizo estudios completos. Allí se dedicó á la jurisprudencia y adquirió gran crédito. Casóse luego con una joven muy noble

con la cual formó una familia sumamente aristocrática. Empero su desgracia quiso que la esposa que eligió fuese tan soberbia como frívola. Era mujer de tan poco elevado espíritu que, por desquitarse de las humillaciones que sufriera siendo pobre antes de casarse, puso luego todo su orgullo de raza en satisfacer su vanidad, su ansia del fausto, compitiendo con las más ricas damas de la corte; de este modo disipó en quince años los bienes patrimoniales de su esposo, y más tarde comprometió el crédito del noble señor, contrayendo á nombre de él, deudas escandalosas que acabaron de arruinarle y destruyeron la brillante posición que ocupaba en la villa y corte. La señora murió á tiempo para no ver la mísera condición á que debía reducirse la familia, y dejó á don Gonzalo que estaba en la ancianidad, luchando solo con la crítica

situación á que ella le condenó, y de ésta salió el pobre señor sacrificando cuanto poseía, vendiéndolo todo para rescatar su buen nombre; y luego que hubo cumplido con este deber de honradez, colocó á sus hijos, ya adultos, modestamente, como pudo, con el fin de preservarles de la miseria y prepararles el terreno para el porvenir, y se retiró á la Habana, donde aún le quedaba una casita y algunas insignificantes propiedades, para vivir allí de la mezquina renta que ellas le producían, único resto de la rica herencia de sus padres, conservado por la magnanimidad de un tío de don Gonzalo que las compró y se les devolvió después.

De una unión clandestina con una joven muy humilde de Madrid, que le amó por sus nobles cualidades, había tenido el anciano, después de viudo, un hijo que legitimó antes de morir la madre,

y que llegó á ser su ídolo, el sér en quien vinculó todas sus seniles esperanzas. No pudiendo separarse de Ernesto, que así se llamaba la criatura, llevóle consigo á la Habana, así como á la abuela y á la tía del niño, (que cuidaban de éste desde que dejó de tener madre,) é instaló á todos en su misma casa donde vióse observando, por respetos sociales, gran reserva en sus relaciones con las dos mujeres, poco cultas, ocupado incesantemente del niño, al que educaba con el mayor esmero en su empeño de hacerle admitir como á su más precioso vástago, entre sus deudos y relacionados amándole cada día más. Ernesto justificaba la adoración de su padre y correspondía á ella con todo corazón. Tenía quince años y era un modelo de cortesía, de amabilidad y de inteligencia; además muy guapo mozo y muy decente se hacia querer de todos.



Principiaba sus estudios de derecho y prometía por sus aptitudes, mucho para el porvenir que ante él se abría risueño.

A casa iba á menudo con su padre. Hacía dos años que don Gonzalo nos visitaba. Con motivo de la muy prolongada y penosa enfermedad que dejó inválido á mi padre, acostumbróse cada noche, como vecino cercano, á ir á ver al enfermo y luego se hizo indispensable á éste, que reclamaba su visita siempre que don Gonzalo faltaba por casualidad.

El pobre anciano que llevaba su hijo á casa sin pensar que era casi de mi misma edad, y que muy bien podía amarme, se prendó de mí, é inconscientemente, por la fuerza de su amor senil, dejábase penetrar por la malicia de las que, como mis hermanas, gustaban de divertirse con el prójimo. Yo nada quería ver. Halagaba no mi vanidad de mujer naciente, sino

mi amor propio de niña sería, la preferencia que sobre las demás me daba aquel anciano tan digno de respeto, tan distinguido por sus vastos conocimientos y su perfecta educación, como por su noble origen; para mí era un oráculo y el objeto del más afectuoso culto. Agradecíale el cariño que me demostraba y su tan respetuoso como galante homenaje, así como la buena amistad que le tenía á mi padre, á quien yo tanto amaba.

Y á la verdad. Todos en casa querían y respetaban á don Gonzalo y le manifestaban la mayor confianza. Olimpia y Juanita solas, la una por la malicia, la otra por egoísta envidia, se permitían respecto de él las sátiras y burlas de que he hablado, por mortificarme y como pasatiempo. Lo único que verdaderamente se prestaba al ridículo en el digno señor era su manía de teñirse de negro



á su edad, los cabellos y la barba. Y sin embargo, tan acostumbrada estaba yo á verle así que ni aun esto me chocaba en él, sino cuando por maldad me lo hacían notar.

III.

—¿Y mi dulce enemiga, dónde está? preguntó el bueno del anciano, después de saludarnos, no viendo á Olimpia en el salón á la noche siguiente: Ernesto le acompañaba, y con nosotros se hallaban dos primos, el uno sobrino de mi padre, el otro unido á mi madre por idéntico parentesco, los únicos jóvenes que visitaban con frecuencia nuestra casa. Olimpia apareció y don Gonzalo, ensegui-

da, con su exquisita amabilidad, dirigióse á ella:

—Vengo á cumplir una deuda, amiguita mía, díjole, presentándole un hermoso cartucho de dulces que traía en la mano. Olimpia, al darle las gracias recibiendo los dulces, me miró de soslayo. Hícame como que no lo notara.

La picaruela con aquella mirada bribona me decía claramente.

—¿Ves? Dulces me trae. Dulce pretesto para venir á verte! ¡Soy una chiquilla, y tú una mujer, para él!

¡La muy taimada! y bien que le agradaban sus dulces, siendo golosa en extremo!

Cerrando el cartucho después de ofrecernos una parte de su contenido, se sentó frente á mí como siempre, para espiar á don Gonzalo.

Este, como de costumbre, ya estaba acaparado por papá, que había tomado la palabra y no la



soltó en toda la velada, sino por cortos intervalos. Ernesto y los dos primos, sentados no lejos de Olimpia y de mí, parecían escuchar atentos á mi padre, pero de vez en cuando discretamente, hablaban con nosotras, y se distraían así.

El pobre don Gonzalo apenas se atrevía á mirar de nuestro lado. Y eso estando celoso! Ambos primos le inspiraban recelo, pero más particularmente Armando, el sobrino de mi madre, muy querida de ésta, quien allá, en su corazón me destinaba á él como esposo. Armando, en efecto parecía muy inclinado á mí, mostrábase asiduo en casa hasta el punto de dármele muchos por novio, y yo le quería sinceramente, sobre todo, le estimaba, pero entre nosotros dos no existía el menor compromiso. El no se había declarado nunca formalmente enamorado, y yo tenía del amor tan pocas nociones que



hubieran podido casarme sin que me diera cuenta exacta de lo que iba á hacer, de lo que encerraba el matrimonio. Por intuición natural comprendía ciertas cosas, pero era ignorantísima respecto de otras. El bueno de don Gonzalo miraba con inquietud á mi joven primo, escuchando las bromas que algunas amigas ó parientes me daban respecto de mis amores con él, sin que osara decir nada. Sólo por dos veces, me dejó entender que presumía una rivalidad entre Armando y él. Un día que me encontró escribiendo una carta, que guardé al verle, preguntóme, como quien no puede contenerse, con la voz trémula, aunque en tono de amistosa chanza.

—¿Traducía usted del corazón para el primito, dulce amiga mía?

—Escribía á una amiga de colegio, le contesté, comprendiendo que sufría.



En otra ocasión, hallándose Armando ausente por una semana, parecíele distraída y exclamó:

—La ausencia es triste, ¿no es verdad, mi dulce amiga?

La alusión era evidente.

—Me duele la cabeza, respondí sonriendo, y traté de mostrarme animada.

Presentía yo por instintiva comprensión de mujer que el pobre anciano sería desgraciado si me veía ligada á otro, y sólo por eso habría vacilado en casarme, dado caso que la ocasión de hacerlo se me hubiese presentado.—¡Quería tanto á don Gonzalo! En su presencia jamás me atreví á manifestarme expansiva con Armando.—Y éste que lo había echado de ver también, imitando á Olimpia, le llamaba *mi pretendiente*.

IV.

Esto pasaba allá en el año de 1879.

La poderosa insurrección de la isla de Cuba había sido ya completamente sofocada. Las espantosas huellas de la terrible guerra que acababa de desmembrar y de arruinar tantas familias, de devastar y asolar los campos y de destruir toda la armonía de la sociedad cubana, principiaban á desaparecer. En la ciudad de la Habana, tan inmensa, tan populosa, nada se notaba ya de los pasados conflictos. La animación era grande y el comercio se restablecía, prosperaba el espíritu social y todo renacía. Cualquiera que no fuese observador demasiado perspicaz, habría creído que hasta la idea misma de la independencia

del país había sido ahogada en los ríos de sangre entonces vertida, tanto en los campos de batalla como en los cadalsos por conquistar y establecer la autonomía de Cuba, tal era el silencio que se guardaba aún en la intimidad de los hogares, respecto de las antiguas esperanzas de emancipación. Todo parecía olvidado. Más no era así. En el corazón de los verdaderos cubanos respiraba siempre el patriotismo. Ninguno que fuera sinceramente patriota se resignaba á considerar como definitiva aquella sumisión forzada al Gobierno de la Península. Juzgábanla así tan solo los conservadores y los renegados. El general Martínez Campos, obteniendo con su profunda ciencia política y militar lo que ningún otro había logrado, había podido atraerse á algunos de los mismos jefes insurjentes, y llevar á cabo la pacificación de la Isla,

más no apagar en el alma de todos los que suspiraban por Cuba libre el deseo de combatir de nuevo y la esperanza, así fuera muy remota de triunfar un día en la lucha. ¡Eso jamás!

En casa, aunque con la mayor reserva y entre los amigos más íntimos de la familia, se hablaba siempre del porvenir. Mi padre, mis hermanos mayores, mis tíos, todos tenían fé en la causa cubana. La guerra nos había arruinado apesar del origen extranjero de mi padre, y todos anhelaban la revancha del partido que había abrazado, por lejana que pareciese. Yo había crecido con estas ideas. Era cubana de corazón.

Uno de los que con mayor interés tomaba parte en las conversaciones patrióticas de las más era don Gonzalo. Teníase en él tanta confianza! Sus opiniones eran solicitadas por todos los de casa y sus consejos escuchados.



El noble señor ostensiblemente jamás había podido optar por la causa cubana, estando sus hijos mayores empleados en un Ministerio, en Madrid. Ni allí, durante los más crudos años de la guerra, ni luego en la Habana, habíale sido dado manifestar sus simpatías por Cuba libre. Absteníase, por decoro, de hacerlo y por conciencia, de adherirse al partido español. Con mi padre se lamentó frecuentemente de verse así comprometido, sin poder confesar sus verdaderos sentimientos respecto de España, y todos lo compadecíamos, juzgándolo sincero. ¡Cuál no sería un día nuestra sorpresa, nuestro disgusto, al saber que don Gonzalo aceptaba un puesto oficial que el Gobierno español le ofreció en la Habana! Resistíamosnos á creerlo! ¡Era tan penosa la desilusión, tan triste el desengaño! ¡Don Gonzalo renegado! El, que parecía tan noble,

tan leal, falso, apóstata, de la causa sagrada que tanto había defendido en secreto y á la que parecía dar toda su alma...? Don Gonzalo, tan grande de corazón, y soportando los reveses de fortuna con tanta nobleza y magnanimidad, vendido á los españoles por un miserable empleo que ninguna honra le hacía...? No; no podía creerse! Para convencernos de ello hubimos de oírsele decir á él mismo esa noche en la visita que nos hizo. Un silencio general acogió sus palabras y ¡qué atención tan fría se le prestó luego...! El pobre anciano estaba balbuciente; él, de ordinario, tan dueño de sí, parecía atolondrado, como si tuviera el espíritu ausente. Apenas se atrevió á mirarme. Comprendí que sufría y le compadecí profundamente ¡Infeliz! ¿qué causa tan poderosa habría podido forzarle á servir al Gobierno español? ¿La miseria tal vez? Sabíase que

sus recursos eran muy escasos...! Si; eso debía de ser. El anciano no podía sostener por más tiempo su lucha contra su mala posición y había abdicado! Empero para ello preciso era que sus facultades mentales hubiesen declinado mucho. Solo así me explicaba yo aquel cambio de conducta en un hombre tan consecuente con sus principios, tan enérgico en sus opiniones y sentimientos y que con admirable dignidad había hecho frente y sobrepuesto a las malas alternativas de su larga existencia, a las vicisitudes de la suerte! Don Gonzalo declinaba! Esta convicción que se arraigó en mi espíritu, fué una pena de más para mí en aquel caso, para mí que tanto estimaba al anciano, que tanta fé tenía en su elevado criterio y en su gran ilustración, y que en el fondo de mi corazón le dedicaba un culto tan afectuoso. Sufrí con ello, y aun

más al ver á todos los míos que antes veneraban á mi pobre amigo, tratarle en lo sucesivo, con frialdad apenas disimulada. Desconfiábase en casa de don Gonzalo, á quien siempre se había consultado y escuchado para todo! Yo no podía soportar este espectáculo ni ésta idea, y menos presenciar el sufrimiento del pobre anciano que bien se apercibía del cambio de mi familia; pero que no obstante la glacial reserva con que era tratado, continuó visitándonos casi todas las noches, esforzándose en hacer comprender de un modo indirecto que su nueva situación, que únicamente la necesidad le había hecho aceptar, en nada alteraba los sentimientos de su corazón; que él continuaba siempre siendo leal á sus antiguas amistades y tan patriota como antes, y que no merecía aquella desatención ni el menosprecio que se le imponía. ¡Pobrecito!

En vano reclamaba la pasada estimación! Guardábale toda mi familia rencor por su deserción de nuestro partido y se lo demostraba. Hasta mi padre, tan despreocupado y olvidadizo como un niño, por los años y la enfermedad, conservaba en materia política la mayor reserva respecto de don Gonzalo, el que, sin embargo le hacía mucha falta cada noche como auditor atento, paciente y complaciente de sus repetidas é interminables historias. A ese extremo llegaban las cosas. Y yo sufría.

Lo repito. Había llegado á querer al anciano tanto como á papá y érame imposible soportar su humillación.

Olimpia me decía:

—¿Vés que no es *tu pretendiente* lo que le crefas? ¡Buena la ha hecho! Si no es sino un menguado, decrepito. Sí, decrepita ya, por mucho que se tiña!

Enfadábame yo y la imponía silencio sin osar empero discutir con ella como en otros tiempos. Y me mortificaba.

Un día, tan insoportable fué mi disgusto, tan violenta mi mortificación que me determiné á hablar á don Gonzalo para manifestarle el gran pesar y el desagrado que su defección política hábame causado.

—Si lo hago, djeme para alentarame, tal vez me escuche él; tendrá lástima de mí y presentará su dimisión al Gobierno español. Esto es lo que debo pedirle. Si me quiere tanto y ejerzo sobre él la influencia que dice Olimpia, me complacerá por no verme sufrir. En todo caso quiero ensayar mi poder apelando á su conciencia y á su corazón.

Pensando así, busqué los medios de llevar á cabo mi propósito. ¿Cómo hacerlo? La empresa era menos sencilla de lo que parecía.

Para convencer á don Gonzalo debía yo hablarle á solas, y esto era muy difícil. La educación que habíamos recibido era tan severa que en casa no se nos permitía conversar con nuestros tertulianos sino en presencia de todos y tener entrevistas fuera de ella con alguien aun cuando se tratara de un anciano, parecía menos decoroso á quien estaba habituado á semejante rigorismo.

Lo mejor era escribir á mi buen amigo, porque entregarle una carta, ofrecía para mí menores inconvenientes.

Una vez que decidí apelar á ese medio, encerréme en mi cuarto con ese pretexto y me puse á redactar la importante misiva. Tres borradores hice antes de quedar medianamente satisfecha de mi obra, y con todo conservé la copia del último para entregarla; porque el temor de ser descubierta en la ocupación que tenía, no me



permitió emplear más tiempo en ella. ¡Pensad lo que sería mi zozobra, siendo aquella la primera carta de importancia que salía de mi pluma! Hasta entonces jamás había escrito yo á otro que á mis amiguitas ó parientes de mi edad, sencillas cartas familiares. Yo no tenía novio; si conocía las cartas de enamorados era por las novelas que leía alguna vez ó por relaciones de niñas menos ignorantes que yo en esa materia. Pero creo que no hay epístola amorosa que cueste á su redactora mayores emociones que las que á mí me costó la tan inocente mía dirigida á un anciano con tan laudable intención como la que me guiaba al escribirla! Voy á transcribirla aquí para que se juzgue de la ingenuidad de mis sentimientos en aquella época. Recuérdola con todos sus puntos y sus comas. Así decía ella:

“Perdóneme, mi respetable y venerado amigo, el atrevimiento que muestro al escribirle. Así lo hago porque no encuentro una ocasión para hablarle á solas y deseo decirle muchas cosas. Don Gonzalo, yo le quiero á usted como á un padre; me halagaría infinito poderle llamar con ese nombre; única razón por la cual sufro, viéndole desconsiderado en casa á usted que tan venerado ha sido siempre en ella. La causa no se la escapa á usted. Lo que sienten mi familia y nuestros amigos es que usted nos abandone para servir al Gobierno de la Península. ¿Por qué lo ha hecho usted, don Gonzalo? Yo sufro con ello. Somos todos cubanos y debemos conservarnos fieles á la causa de Cuba. Oh, padre mío! Si usted me quiere un poco, dimita usted. No puedo soportar el verle objeto de desconfianza en mi familia que confiaba ciegame-

te hasta hace poco en usted. Se lo repito, sufro y veo que usted sufre. Abandone su nueva situación y vuelva á nosotros y se lo agradeceré con toda mi alma.

¿Accederá usted á mis súplicas? Tal vez se burle de ellas. ¿Quién soy yo para usted? Una chiquilla que no sabe pensar ni lo que dice. Yo le aseguro que no es así. He pensado mucho lo que escribo. Ruégole que me conteste para que me saque de esta ansiedad. Se burlará usted de mí por ser yo tan niña, ó me atenderá usted juzgándome racional. No deje de responder.”

Yo terminaba sin firmar, no atreviéndome á hacerlo. No había pensado aún en la manera de entregar mi carta. Reflexioné luego que lo mejor sería aguardar por la noche á don Gonzalo en la antesala y darle disimuladamente mi tan suplicante esquela. Y así



lo hice. ¡Con cuántas palpitaciones de corazón! ¡Con qué sobresalto! Si me descubrían, qué vergüenza para mí! ¿Qué dirían Olimpia y Juanita, mis eternas perseguidoras? La misma Matilde, tan tímida me lo reprocharía como un insigne atrevimiento! Y papá y mamá, ¡cómo me reñirían! ¿Qué pensaría de mí el mismo don Gonzalo? Trémula estaba cuando le ví subir la ancha escalera que conducía al salón y venir á mi encuentro con la mano extendida para saludarme afectuosa y galantemente. Temblorosa y sin embargo decidida. ¿No era por el bien de todos que obraba así? Preciso era, pues, arriesgarme un poco para ello. Tenía yo envuelta mi esquila en un pañuelito de batista que llevaba en la mano que alargué á don Gonzalo, al corresponder á su saludo. Ambas cosas deslicé en la diestra del anciano, quien haciendo apenas un

gesto para denotar su asombro, llevó con la mayor naturalidad dicha mano al bolsillo superior de su levita, donde, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció lo que yo le había entregado. Luego, sin decirme una palabra, penetró junto conmigo en el salón mostrándose el mismo de costumbre. Yo le había seguido y me había sentado allí, casi sin respiración ya, por lo violento de la emoción experimentada. No sabría decir de lo que se trató durante aquella velada que abrevió don Gonzalo, despidiéndose antes de lo que solía hacerlo. ¡Estaba tan desequilibrada! Traté de disimularlo, pero en mi interior continué completamente perturbada. Pasé la noche mal; tuve una pesadilla muy penosa: soñaba que Olimpia había descubierto mi carta y que me denunciaba á los demás, burlándose de mí. Desperté con un sudor frío y temblando, sin poder



volver á conciliar el sueño hasta el amanecer.

Al día siguiente me sentía inquieta, ansiosa. Deseaba la noche para saber lo que pensaba don Gonzalo, y me estremecía á la idea de ver presentarse al anciano. Y con todo eso llegó el momento de la acostumbrada visita. El apareció, sin que se notara en sus movimientos ni en su persona cosa alguna insólita. Sí, sus ojos como que brillaban más, y su voz tenía un temblar algo más acentuado, que solo yo noté en aquel instante, mientras le recibía en la antesala, del mismo modo que la noche anterior, al darle mi mano sentí que él introducía en esta un billete en la misma forma que yo lo había hecho en la suya la víspera, siguiendo luego para el salón en tanto que yo me quedaba en mi sitio, inmóvil é inmutada, convertida casi en estatua como la esposa de Lot, no por in-



sensibilidad sino por la fuerza de mis impresiones. Dudo que enamorada alguna en el mundo, al recibir ocultamente el primer billete de manos de su amado, haya experimentado emociones mayores que las que yo sufrí al tener en las mías la esquila que en ellas puso don Gonzalo! Después de permanecer un instante enteramente conturbada, volví un tanto en mí, y me fuí á mi cuarto donde oculté precipitadamente el billete recibido, para irme á reunir con mi familia y á fin de no llamar la atención de ésta si dejaba de presentarme. Nadie se había dado cuenta de cosa alguna. Papá contaba una historia: los demás la escuchaban; don Gonzalo parecía no prestar atención á nada más; sin embargo, yo comprendía que en él había cierta inquietud mal disimulada. Por suerte Olimpia había salido aquella noche; de lo contrario tal vez habría podido pene-



trarse de que algo pasaba entre el anciano y yo. El buen señor se retiró temprano, como la víspera, sin que me fuera dado levantarme para encerrarme á solas un momento y ver lo que me decía en su esquila.

Llegaron otras visitas, por suerte eran señoras de cierta edad que, considerándome una chiquilla, hacían poco caso de mí. Aproveché esta circunstancia, para abandonar la reunión con un pretexto é irme á buscar lo que tenía oculto, y luego encerrarme en el apartado gabinete del que Olimpia me sacara la noche en que don Gonzalo me regaló el famoso ramo de rosas tan disputado por ella. Allí, con el corazón tan presuroso como si se me fuera á salir del pecho, saqué lo escrito por el anciano y me puse á leerlo. Juntos, bajo una cubierta perfumada, encontré dos papeles. Abrí el uno y lo leo.

Así decía en una letra tan esmerada y firme que no parecía de un septuagenario tan avanzado:

“Yo no la creo á usted una niña sino un ángel con figura de mujer. Trataré de complacerla en lo que me pide, y en cuanto á mis sentimientos respecto de usted, los encontrará expresados en el soneto que acompaña este billete. Rómpalo usted todo porque si descubrieran que le escribo podría usted sufrir; yo me quitaría la vida.”

¿Qué significa ésto? Me pregunté. Y atónita leí el soneto. De éste solo recuerdo los primeros versos que eran los siguientes:

“Quisiera ser el ángel que á la aurora,
El sueño te velara dulcemente,
Quisiera ser.....”

Nunca he podido acordarme del resto de dicha composición. Mi



memoria para los versos ha sido siempre rebelde. Debo releerlos mucho para retenerlos cierto tiempo. Aquellos los leí dos veces, la sorpresa que me causaron no me permitía entenderlos. ¿Qué pretendía expresarme con ellos don Gonzalo? Resistíame á comprenderlo. Sin embargo hube de abrir los ojos, á pesar de mi inocencia de estas cosas. El presuntuoso anciano me había hecho en aquel soneto de su composición una declaración amorosa. Sí; eso era lo que revelaban sus famosos versos. Olimpia y Juanita tenían razón cuando me lo anunciaban, burlándose de mí. ¡Ah! qué desilusión la mía, y qué disgusto! Mayores que los que me produjeran la defección política de don Gonzalo. Este viejo, pensé, (ya no podía llamarle de otro modo en medio de mi indignación); este viejo engañado por mi conducta de ayer, háse imagi-

nado que me inspira distintos sentimientos de los que le he manifestado, y por eso se atreve á hablarme de amor, y lo que es peor á hacerme su cómplice, amenazándome con sufrimientos si no guardo silencio respecto de su temeraria acción, ¡qué osadía! Debe estar loco! sí. Preciso es que haya perdido la razón para olvidarse así de su edad y de sus condiciones! ¿qué pensará de mí? ¿qué pretenderá? Sin duda alguna que yo le corresponda de la misma manera! qué vergüenza la mía! Bueno me está el que me suceda por haber creído en él! Como se burlarían de mí mis hermanas si supieran lo que me pasa!

En el furor de mi despecho, hice pedazos carta y soneto. Pretendía de ese modo borrar de mi memoria lo que contenían. Luego los quemé para que de ellas no quedaran rastro y fuíme al salón, de donde se habían retirado las



visitas, para dar las buenas noches á mis padres y encerrarme en mi cuarto.

Pasé otra noche de insomnio. El violento desagrado que experimentaba no me dejaba dormir. ¿Qué haré, me preguntaba, para que don Gonzalo comprenda lo que pasa en mí, sin que mi familia se aperciba de ello? Escribírselo? No, eso no volveré á hacerlo. El no merece que me exponga á ser mal juzgada por evitarle un ridículo! Me iré de visita á alguna parte; buscaré pretextos para no hallarme con él.

Reflexionando sobre todo esto, me sorprendió la aurora. Ese día estuve muy nerviosa: llegada la noche propuse á Matilde un paseo y el pago de algunas visitas que me tuvieran fuera todo el tiempo que pudiera durar la visita de don Gonzalo. Ella aceptó, deseosa de complacerme y nos fuimos acompañadas de una pariente anciana

que nos custodiaba, para no volver hasta después de las diez.

Cuando regresamos á casa, nos salió Olimpia al encuentro, diciéndonos, con su sempiterna malicia:

¡De buena se han perdido ustedes! Nada menos que de ver á don Gonzalo, acicalado como un polluelo y tan perfumado. Y ¡qué viejecito! Ha debido gastar esta noche un baño de tintura para ponerse así! Acaba de marcharse. Aguardó la vuelta de ustedes hasta que ya no se atrevió á quedarse por más tiempo. Preguntó por tí, Dolores, y como le hicimos creer Juanita y yo que volvías temprano, miraba hacia la antesala con unos ojos...! Oh! ¡Qué conquista has hecho, hermanita mía! Te la envidio con todo el corazón!

Olimpia se echó á reir de tan buena gana que Matilde también soltó una carcajada. Yo no con-

testé. Dí la espalda á Olimpia y despidiéndome de mis padres, excusándome con el cansancio que sentía por el paseo, me retiré para acostarme. Estaba furiosa contra don Gonzalo. ¿Era posible que ese viejo se atreviera á tanto, que no solamente dejara de ruborizarse por su acción tan poco comedia, sino que fuera á buscar el galardón de ella? Porque era indudable que, en su ridícula locura, el anciano suponía que yo iba á recibirle satisfecha y amorosamente! ¡Olimpia, Olimpia, cuánta razón tenías en burlarte de mí!

Pasé otra noche mala, pero resolví que sería la última en que don Gonzalo me trastornara el sueño.

Temprano le supliqué á mi madre el que me permitiese pasar una quincena en la casa de una cuñada que tenía un niño enfermo para acompañarle y servirle, y

ella me lo concedió, sin encontrarlo extraño porque mis hermanas solían pasar así temporadas con la esposa de mi hermano.

Muy contenta permanecí fuera de casa durante esas dos semanas. Sólo una vez ví á don Gonzalo yendo á visitar á mis padres. Mantúveme muy reservada y él apenas se atrevió á dirigirme la palabra. Noté que estaba muy triste, que tenía los cabellos casi grises, y el traje menos aliñado. Súbitamente sentí hacia él gran compasión. Poco faltó para que me acusara de crueldad! ¡Pobre anciano! ¿Qué mal me había hecho si no era quererme extremadamente? Verdad era que no debía haberme hablado de amor, respetando sus canas y mi edad, pero tal vez no abrigaba él las intenciones que yo le atribuí! El mismo decía que se quitaría la vida si se sabía que me había escrito en ese sentido. ¿No le ha-

bría yo tratado con demasiada dureza? Y todo por una humillación de amor propio! Sí; mi orgullo había sufrido con la declaración de don Gonzalo, y por satisfacer ese orgullo era que yo á mi turno humillaba con mi desprecio al pobre anciano!

Este había presentado su renuncia del empleo que le permitía vivir más holgadamente al gobierno español, y todo por complacerme. Mi familia, al saberlo, hábale devuelto su estimación y yo le castigaba con crueldad! Podría aya rentar no comprender su desvarío de un momento y tratarle con mayor indulgencia.

Animada de estos sentimientos volví á casa. Don Gonzalo apenas iba solo á visitarnos, casi siempre llevaba á Ernesto consigo. El simpático jovencito principió á manifestar más viva afición por mí, así como Armando, quien realmente, me quería. Para acercar-

se más de mi persona y decirme una que otra palabra á solas, inventaban conciertos entre nosotros. Olimpia y yo tocábamos el piano. Ernesto y Armando nos acompañaban con el canto, el violín ó la flauta. Ambos manejaban con bastante perfección dichos instrumentos. Oyéndolos ejecutar se pasaba un rato agradable. De ese modo nos distraíamos cada noche los jóvenes formando banda aparte, en tanto que don Gonzalo, retirado de nosotros con mis padres, escuchaba á papá que aprovechaba nuestro alejamiento para acapararle, y contarle sus interminables historias del tiempo de su juventud. Papá era implacable con sus víctimas cuando las encontraba complacientes. Y el pobre anciano no podía serlo en más alto grado, á pesar de lo que sufría viéndome tan distraída lejos de él, á Armando muy rendido cerca de mí y á su Ernesto, el hijo



de su vejez, lleno de atenciones para mí y mereciendo las mías!

El infeliz debió padecer verdadero martirio sin aparentarlo. Solo yo notaba los cambios que había en él por conocer la causa de ellos. Don Gonzalo presumía menos en el traje, aunque siempre correcto, parecía declinar un tanto, teñirse muy poco y se mostraba tan humilde conmigo que yo no pude resistir por más tiempo y volví á ser para él la misma que antes. Esta situación había durado algunos meses; el pobre anciano estaba demasiado castigado en su temeridad. Obtuvo de nuevo mi confianza, mi respeto y toda la consideración que antes merecía de mí. En cambio estuve yo más reservada con Armando y con Ernesto, para hacerle menos penosa la pérdida sufrida en sus esperanzas amorosas.

Por nada en el mundo hubiera querido afligirle por entonces, co-

rrespondiendo á mi primo que pensaba pedir en breve mi mano.

Mi situación era algo penosa porque yo principiaba á decidirme por Armando, con quien me casé más tarde. Sin embargo, le rechazaba sin saber como hacerlo para no ofenderle. Y me veía sumida en gran perplegidad, sufriendo por el que deseaba por esposo y por el que amaba como á un padre, y preguntándome cómo terminaría semejante conflicto para mí, cuando acaeció repentinamente, del modo más inesperado, la catástrofe que se llevó á mi pobre y anciano amigo.

IV.

La renuncia de éste había sido al fin aceptada por el Gobierno que, al principio se la rechazó.



De nuevo caía él en su pasada estrechez, volviendo á su antigua oscuridad. Todos los que le conocíamos, estimábamole más por el sacrificio que había hecho para reconquistar su noble independencia. Y se lo demostrábamos. Más hubo álguien muy menguado é incapaz de comprender aquello, que se lo censuró. Estaba empleado en el Ministerio de donde acabara de salir don Gonzalo, y púsose públicamente á hablar sirviéndose para ello de las más injuriosas palabras, de los frecuentes cambios de opinión política del noble anciano, al que dió un epíteto demasiado malsonante. Oyólo Ernesto, que por casualidad se encontraba cerca, y lleno de dolor, sin reflexionar lo que hacía ni medir sus fuerzas, salió al encuentro del insultador y le retó. Dicho hombre, que era un Hércules comparado con el delicado niño, se echó á reir, sin contestar

siquiera, sin hacer caso de aquel reto.

El valeroso Ernesto, loco de vergüenza por sí y por su padre, á quien adoraba, saltó encima del insolente, que se burlaba de ambos y le dió una bofetada. Furioso, aquel entonces, viéndose pegar por un chico, se lanzó para ahogarle entre sus enormes y nervudos brazos, lo que hubiera hecho á no separarlos los espectadores de esta escena. El manguado prometió vengarse.

En casa tuvimos noticia de lo ocurrido y nos inquietamos. Doñ Gonzalo lo ignoraba todo por haber querido su generoso hijo ocultárselo, temiendo lastimarle refiriéndole aquel ataque hecho á su reputación. En cuanto á la amenaza que á él mismo le hicieron, Ernesto la olvidaba.

Pasaron algunos días y no oyendo hablar ni del agresor de nuestros amigos ni del mismo inciden-



te, principiábamos á tranquilizarnos.

Era una tarde. Estaba yo sentada en el salón de casa, y escribía música, hallándome embobada en esta ocupación por pretender nada menos que componer un gran vals para ejecutarlo al piano acompañada del violín de Armando y de la flauta de Ernesto. Creía sentirme inspirada en ese momento y trabajaba con sumo entusiasmo, pensando en la sorpresa que iba á dar á los dos ejecutantes, cuando oí de súbito, un gran vocerío por nuestra calle, al mismo tiempo que el rumor de una muchedumbre que pasaba por delante de nuestra casa. ¿Por qué me asaltó en seguida el presentimiento de una desgracia ocurrida, aunque sin pensar en cual podría esta ser? Llena de inquietud, solté pluma, papeles, todo fué al suelo, y corrí al balcón... Lo que ví...! Espectáculo imborra-

ble en mi memoria! Cuadro terrible que desgarró mi corazón al mismo tiempo que ofuscaba mi vista. Ví á Ernesto, todo ensangrentado, pálido, desmayado, moribundo, conducido en un sillón por cuatro hombres que le sostenían, y á don Gonzalo, tan pálido como el desgraciado joven, cubierto de sangre también con el traje descompuesto, la cabeza descubierta, los cabellos grises, destinados, arrastrándose tras del sillón de su hijo, sostenido por algunos amigos. La multitud de curiosos seguía en tropel, vociferando y clamando contra el asesino.

Ernesto había sido asesinado alevosamente por el que le insultara días antes. El agresor había huído. Don Gonzalo, avisado inmediatamente, corrió loco de dolor con la muerte en el alma, desaliñado por primera vez en su vida, al encuentro de su hijo á quien ya traían á su casa algunos



amigos. Sobre el cuerpo de Ernesto se arrojó creyéndole muerto y así se había cubierto también de sangre.

En triste silencio los acompañantes, conmovidos, guiaban sus inseguros pasos hasta que penetraron en la morada del anciano. Allá volaron todos los de casa, excepto mi padre inválido y yo; el pobre papá todo aflijido, lloroso, lamentando su estado que le impedía ir también á ofrecer sus servicios y sus consuelos al que amaba casi como á hermano; yo, con el corazón partido de dolor y tan terriblemente impresionada por el fatal acontecimiento, que me faltaba valor para ir á presenciar también los sufrimientos horribles del padre y la agonía del hijo, de ese Ernesto que tanto amaban todos en casa y que, sobre todo, en los últimos meses de mayor intimidad con él, se había hecho querer por mí con un afecto

verdaderamente fraternal. Quédeme con mi padre para cuidarlo y tratar de consolarlo en lo posible aunque lo más que hacía era llorar con él la desgracia de nuestros amigos.

A cada instante llegaba alguno que nos daba noticias del herido ó del suceso. No se hablaba de otra cosa. Como en alas del viento había volado la noticia por todas partes, y aflúa la gente á casa de don Gonzalo con muestra de interés, aunque muchos no fueran atraídos más que por la curiosidad. Hubo quien nos dijera que la herida de Ernesto no era mortal á pesar de ser muy grave. Papá y yo nos aferramos á esta esperanza y quisimos alucinarnos con la idea de ver salva da la vida del querido niño. ¡Con qué fervor me arrodil'é ante una Mater Dolorosa que teníamos en casa para pedirle que salvara á Ernesto! Así, más consolada,



aguardé que volviera mi familia para que nos diera mejores informes.

Mi madre y Olimpia que fueron las únicas de vuelta, hiciéronnos perder toda ilusión. Ambas muy afligidas (mi maliciosa hermana lloraba como yo) nos dijeron que Ernesto había vuelto de su desmayo pero tan débil y con una fiebre tan ardiente que solo un resultado fatal se aguardaba en breve.

Don Gonzalo estaba convencido de que su hijo se moría, y aunque agobiado físicamente por el dolor, había levantado su ánimo para mostrarse sereno al ídolo de su corazón; para alentarle sonriéndole, asistirle sin descanso y atender á todo y á todos; y con tal entereza, tal grandeza de alma lo hacía que, á cuantos conociendo su extremado amor por Ernesto, comprendían todo lo que ocultaba de sufrimiento bajo aque-

lla aparente serenidad, arrancaba lágrimas de compasión y de admiración al mismo tiempo. Cuánto se lastimaba todo el mundo de aquel anciano que el horrible accidente inclinaba hacia la tumba irremisiblemente, y de aquel joven talentoso, bueno, digno de ser amado por todo el mundo y tronchado en el albor de su vida cuando tan halagüeño porvenir se abría ante sus pasos! De aquella criatura tan magnánima! Porque, si don Gonzalo, con su esforzado estoicismo admiraba á todo el que lo veía, Ernesto dejaba mudos de asombro á los que le contemplaban, en toda la lucidez de sus facultades mentales, reconociendo su estado y sonriendo á su padre y mintiéndole para consolarle!

¡El cuadro era desgarrador y sublime á un tiempo! Yo pude juzgarlo una noche que, engañada por una apariencia de mejoría en el estado de mi noble amiguito me

arriesgué á ir á verle para expresar-le mi satisfacción por ello. Era la segunda después del acontecimiento. Ernesto me recibió con la misma dulce amabilidad con que me trataba cuando iba á visitarnos! ¿Quién hubiera podido creer al verle, al ver su serenidad de alma que él con toda la admirable lucidez de espíritu que le caracterizaba, comprendía que su vida estaba pendiente de un hilo; que tal vez esa misma noche moriría? Era aquello para conmover un corazón de fiera, para hacer llorar al más empedernido egoista. ¿Y don Gonzalo, cómo se portó? Cortés hasta el extremo, como siempre, correcto en todo, aunque pudiendo apenas sostenerse! Mis lágrimas corrieron. Me despedí de allí, para no volver á ver á Ernesto, temiendo estallar de dolor en su presencia, y para irme á casa y encerrarme á llorarle sin consuelo.



Tres noches y dos días duró la lucha con la muerte para el joven. En la tercera noche se extinguió suavemente como si no sufriera, lleno de resignación y sonriendo al padre que le adoraba...

Oh! No quisiera recordar mi dolor esa mañana en que Matilde y Juanita que volvían de la velada mortuoria y que no habían avisado en casa, contestaron llorando, al preguntarles mi madre con trémula voz, temiendo la respuesta:

—¿Y Ernesto...?

—Falleció... anoche, á las doce...!

—¿Anoche? ¡Infeliz!, exclamó mi madre. Y no pudo seguir. Fuése á preparar á mi padre para darle la triste nueva.

—¿Y don Gonzalo, don Gonzalo? preguntó casi desesperado mi papá.

—¡Pobrecito!, tartamudeó Matilde entre sus lágrimas. Todo el mundo dice que se muere; que

no resiste. ¡La muerte de su hijo le ha matado!

—No! Que no muera!, exclamé yo. Aun le queda quien le quiera! Nosotros todos le amaremos más que antes! Díganselo, por Dios! Es preciso consolarle!

¡Si le vieras! dijo Matilde siempre llorando. ¡Muéstrase tan bueno, tan sensible, tan cumplido como siempre! Resignado! Todo el mundo maldice al asesino de Ernesto! El solo dice que la justicia cumplirá su deber y pide que no se le hable de lo que le ha arrebatado á su hijo! - ¡Qué alma tan grande! ¡Dolores, razón tienes para quererle tanto!

¿Querer á don Gonzalo? Sí. En aquel momento, completamente olvidada de los incidentes ocurridos unos meses antes, los que de él me alejaron por un tiempo, sentía yo que en aquellos momentos hacía el anciano un afecto mayor que el que jamás le tuviera, y una

veneración, un respeto indecible, como nadie me lo inspiraba. Cual á un mártir rendíale culto y nada deseaba tanto como consolarle.

Exaltada de ese modo pedí á mi madre permiso para ir á casa de él. Ella se resistió á concedérmelo, viéndome tan afectada de ánimo; empero Matilde dijo que me acompañaría y prometió obligarse á devolverme para casa si yo me manifestaba demasiado impresionada á la vista de don Gonzalo. Mi madre dió el consentimiento.

No bien se presentó á mí el desgraciado anciano, tuve una congoja, por lo cual Matilde, cumpliendo su palabra, forzóme á retirarme. Juanita y ella permanecieron cerca de nuestro amigo hasta que todo hubo pasado, el entierro, que fué magnífico por la numerosa y conmovida concurrencia que asistió á él; los primeros días de duelo; las fúnebres hon-



ras y todo. No eran ellas las solas. Muchas damas amigas y parientas de don Gonzalo estaban allí desde la tarde del funesto acontecimiento, ayudando en sus deberes de casa á la abuela y á la tía de Ernesto, tan poco aptas para llenarlos, por su educación y sus costumbres poco cultas y además demasiado aflijidas, para ponerse á la altura de las circunstancias.

V.

Una semana más tarde estaba yo algo más calmada, se me permitió al fin visitar al anciano amigo. Era de día. Don Gonzalo, según me decían, trataba de hacerse superior á su desgracia, mostrando como siempre su resignada y heroica serenidad.

Llegué yo: una parienta suya me acompañó á su gabinete, y luego que me introdujo, salió por haber sido llamada de fuera. Don Gonzalo y yo nos vimos solos. Oh! no diré lo que pasó en mí al considerar los estragos hechos en su persona por el terrible dolor, durante los días que había yo dejado de verle! Mi pobre *pretendiente*, aunque siempre correcto en su severo traje de luto, no tenía afeites ni aliños que disimularan su edad; representaba tener veinte años más de los que aparentara la última vez que estuvo en casa; enflaquecido, encorvado, débil en extremo, con la cabeza y la barba toda gris, no parecía el mismo que acostumbrábamos ver cada noche; sin embargo, para mí estaba mucho mejor, así! Halléle tan noble, tan digno de amor y de lástima en su condición de verdadero anciano, que, sin poderme contener, viéndome sola con él, y



cediendo á un impulso irreflexivo de filial ternura, me le acerqué, tomé las manos que él me tendía y se las besé.

—¡Padre mío, yo le quiero, soy su hija...! Articulé penosamente, mientras corrían de mis ojos lágrimas de sentimiento.

Los tristes y apagados ojos de don Gonzalo brillaron desde que me hube aproximado; su rostro macilento y desencajado, reflejó súbita alegría y toda su persona pareció reanimarse. El temblor nervioso que mi persona le produjera en otras circunstancias, manifestóse más marcado. ¿Era acaso que en él reapareciese el antiguo pretendiente? En el profundo abatimiento de su ánimo, aquella acción mía y mis palabras afectuosas, nacido todo de un impulso purísimo de ternura y lástima por compasión á su dolor inmenso, ¿podrían provocar tampoco en él, sujeto de tan nobles sen-

timientos, otras emociones que las del reconocimiento?

Mas, ¿quién puede sondear jamás ese abismo que se llama corazón humano...?

Don Gonzalo al verme entrar, se había levantado con su cortés y genial amabilidad, quiso hablar y sólo pudo balbucear estas palabras, teniendo mi cabeza entre sus manos y besándome con extraordinario ardor:

—¿Con que usted me quiere, angel hermoso y bueno...? Yo...

No añadió más y se dejó caer en su ancho sillón. Confieso que el fuego de su mirada y de sus labios me quemó el alma, despertando en mí enojosos recuerdos y haciendo agolpar á mi mente los más encontrados pensamientos. Así, y como fuera de mí, y sintiéndome presa de penosísima conmoción me dejé caer también en una silla que había allí inmediata; y él, confuso y ciego sin re-

parar, sin duda, en mi actitud seria volvió á decirme:

—Yo la.... quiero.... Deseaba preguntarle.... aquellos versos.... ¿qué hizo usted de ellos? Debía destruirlos....

—Los rompí, respondí con cierta firmeza y cierto disgusto.

—Perdóneme, estaba inquieto. Gracias,—dijo él. No añadió más porque se oyeron pasos muy inmediatos. Don Gonzalo se sobresaltó. Hizo un esfuerzo para adueñarse de sí; vióme turbada.

—Amiguita mía, díjome con precipitación, vale más que usted se retire. Disimule.

La señora que me había conducido al gabinete entró de nuevo. Me levanté.

El anciano, tan repuesto ya, en apariencia, de su agitación y con su dulce y afable cortesanía, como si nada hubiera pasado, la dijo:

—Prima mía, vá usted á tener la amabilidad de llevar á esta ni-

ña á la galería del patio para que tenga menos calor y se distraiga. Es muy sensible y está algo impresionada.

—Con mucho gusto, primo: esta señorita es muy simpática, y la acompañaré complacida por ella misma.

Dí las gracias y salí. Poco estuve fuera: quejéme un rato después de dolor de cabeza y volví á casa. Deseaba hallarme sola. Diciendo que me sentía mal, me acosté un momento y me puse á reflexionar:

¡Qué penoso era para mí lo ocurrido! y qué incomprensible, al mismo tiempo! Cómo penetrarlo? ¿qué poder ignorado de mí, residía en mi persona que así desconcertaba al pobre anciano, tan circunspecto siempre, tan noble de carácter, tan comedido en todo? Imposible me era explicármelo. Sin embargo algo existía, porque don Gonzalo, desde que me apro-

ximé á él con demostraciones de afecto, pareció hasta olvidar el terrible dolor y la circunstancia tan penosa que me llevaba á su casa! Sin saber que pensar propúseme no volver á ella en lo adelante aunque mi compasión por el anciano no disminuyera. Yo creía comprender que el infeliz era irresponsable de lo que le pasaba; que en él no había culpa alguna; que lo que le acometía era una locura, por la cual debía inspirar lástima más aún.

Un mes después de la muerte de Ernesto fué á vernos. Había desmejorado más; aunque sus blancos cabellos formando brillante corona alrededor de su calva reluciente y su argentada barba dieran á su aspecto venerable mayor aire de nobleza. El cuerpo muy encorvado, lo trémulo de la voz, lo indeciso de los movimientos marcaban indefectiblemente su profunda decadencia fi-

sica. Don Gonzalo era la sombra de sí mismo; casi un cadáver ambulante. Caminaba difícilmente arrastrando los pies. Cuando llegó á casa solo, á todos nos impresionó dolorosamente. En lo moral notamos que declinaba también. No estuvo mucho tiempo de visita. Sintióse mal, y Armando, lleno de compasión se ofreció á conducirle á su morada.

Una vez más le vimos aparecer así y fué la última. No volvió á salir: en breve se postró. La muerte se apoderaba de él, esa muerte que desde la desgracia de Ernesto parecía él desear y la cual aguardaba con toda calma! Sin embargo, el sentimiento que yo le inspiraba dominábale aún por momentos. Eso se reconocía en todos sus actos desde que me veía; sobre todo en la fugitiva llama que iluminaba sus hundidos ojos á mi solo aspecto!

Mi familia toda acudió al lado

de su lecho para ayudar á asistirle, como lo hiciera con Ernesto. Yo me quedé en casa. Faltábame valor para verle morir lentamente. La sola idea de que iba á perderle para siempre me causaba un pesar tan profundo que alteró mi salud, privándome de sueño y de apetito. Decíanme que él preguntaba siempre por mí, que me echaba de menos á su lado; pero yo tenía miedo de ir á su casa, de presenciar su prolongada agonía, que no fué otra cosa su penosa enfermedad! El infeliz se extinguía de día en día, sonriendo, sin que nada bastara á reanimarle, y siempre correcto, siempre noble y digno, excusándose de las molestias que causaba á los que le asistían, y tratando en lo posible de evitárselas! Con admirable lucidez y entereza de alma dictó sus últimas voluntades y se dispuso á dejar el mundo. El día en que hizo su testamento y que

pidió un confesor, determinéme á ir á verle, reprochándome la egoísta sensibilidad que hasta entonces me había impedido acceder al deseo de mi pobre amigo. Matilde, mi buena Matilde, me acompañó también esta vez á su casa. Luego que supo él que yo me encontraba allí, suplicó me llevasen á su lado. En la alcoba, había algunas personas que silenciosamente atendían al enfermo, y que al entrar mi hermana y yo, por discreción hicieronse á un lado. Con ellas se puso á conversar Matilde en voz baja en tanto que yo me acercaba al lecho... ¡Pobre don Gonzalo! Su macilento cuerpo desaparecía casi por completo entre las sábanas; su rostro lívido presentaba tintes cadavéricos; sus ojos se perdían entre las concavidades violáceas de las órbitas, y... su mirada brilló á mi aspecto! Sí, una llamarada fugitiva iluminó esa mirada, próxima á extinguirse...

—¡Dulce amiguita mía! murmuró el infeliz contemplándome extático.

—¡Don Gonzalo! exclamé y callé. Sobre sus pobres manos descarnadas que me tendió con su éxtasis, mis lágrimas cayeron gota á gota.

El anciano desfalleció un instante; se agitó. Temí hacerle más daño, verle morir inmediatamente. Quise retirarme, incapaz de contener mi pena. El trató de incorporarse para detenerme.

—Amiguita mía, se va usted? No se... aflija! Soy feliz... mirándola, díjome con su acento sepulcral, lleno de ternura sin embargo.

—¡Don Gonzalo! repetí no pudiendo decir otra cosa.

—Vuelva usted! ¿mañana, quiere? Tengo tanto que decirle...! ¡Vuelva!

¿Mañana? Pobrecito! Los médicos creían que moriría en la noche... El lo olvidaba!

—¡Sí, vendré! Contestéle en medio de mis lágrimas, y para no verle más, volvíme hácia Matilde.

—Venga mañana! repitió él ya sin aliento.

Los demás se acercaron, yo salí de la alcoba con mi hermana, y luego de la casa.

En la mía fuéme imposible moderar mi sentimiento. Vestida me arrojé en mi cama y pasé la noche llorando al pensar que don Gonzalo habría ya muerto: no sucedió así. El anciano duró más de lo que se suponía. Ese día recibió los últimos sacramentos, admirando á todos los asistentes con su piadosa resignación y su devoción profunda. Don Gonzalo era muy religioso: yo no estuve pensando sino en la manera de volver á verle, oponíase á ello mi familia, temiendo que me afectase demasiado, y forzóso me fué disimular, aparenté resignarme á su voluntad, para que me dejasen ir á casa

de una señora, vecina y amiga, con la cual me concerté para hacer la que yo sabía que debía ser mi última visita al pobre anciano. Repugnábame este engaño que casi como un crimen me reprochaba yo, y salí de casa con el pretexto de ir á otra parte que aquella donde me supusiera mi familia! Era cosa de la que jamás habíame creído yo capaz! Empero, ¿cómo faltar á la promesa hecha al triste moribundo? ¿Cómo desatender á la última súplica de quien tanto me había querido? Debía yo complacerle á toda costa! Fuíme con la señora á su casa. La tía de Ernesto me llevó á su alcoba. Hallábase ésta desierta por orden de los médicos que exigían reposo absoluto para el enfermo, á cuyo lado sólo debían quedar una ó dos personas para la inmediata asistencia. La tía me introdujo y salió á buscar un medicamento antes indicado.



Aproximéme del lecho. Don Gonzalo no se movía; parecía alestargado ó dormido, ajeno de mi presencia cerca de él. Con el corazón oprimido y palpitante me incliné sobre su rostro para oír si respiraba... El repentinamente abrió sus ojos que brillaron con indecible alegría.

—¡Padre mío! dije algo asustada: no me dejó continuar. Incorporándose en el lecho con increíble fuerza nerviosa avanzó los brazos, tomó entre sus manos mi cabeza inclinada y me besó en el rostro con trasporte febril, murmurando entrecortadamente con su voz espectral y sin embargo dulce:

—¡Angel, angel hermoso y bueno, has venido! Gracias! Te quiero! quería decírtelo... antes... de morir! no me llores...!

Sus brazos me soltaron y él cayó sobre sus almohadas mirándome extasiado, con aquellos ojos

ya sin luz que la muerte se preparaba á cerrar completamente y para siempre...!

Yo quedé muda, inmóvil, sin protestar en manera alguna. Pudo él creer que aceptaba el beso. No sabía qué hacer ni qué pensar!

—¡Ruegue á Dios por mí, angel divino! murmuró don Gonzalo.

Entraron la tía y otra señora: salí entonces de la pieza con la idea fija de no volver á ver al desgraciado que tal vez moriría convencido de que yo le amaba como él me había amado! Volví á casa con el espíritu perturbado, el corazón aún más oprimido que al salir, el alma lastimada por un dolor profundo! El beso ardiente del pobre moribundo, cuya locura no desvanecían ni aún los cercanos presagios de la tumba, me conturbaba hasta el punto de ofuscar mi razón. La noche y el día que siguieron á esta escena los pasé sin pronunciar siquiera el

nombre de don Gonzalo. Oía decir que, por un prodigio de vitalidad que admiraba á sus médicos, aún vivía... y permanecía en mi penosa angustia. El recuerdo de lo ocurrido no me causaba indignación sino inmensa tristeza; infinita conmiseración hacía aquel anciano que, después de confesarse tan piadosamente, implorando la misericordia de Dios, conservaba un pensamiento mundano y. á mi juicio, muy culpable hasta sus últimos momentos. ¿Por qué era aquello? ¿Qué misterio impenetrable para mí ocultábase en esa aberración de un ser tan noble en todas las demás cosas? Mi imaginación de niña inocente trabajaba, trabajaba por descubrirlo en vano! En mi cerebro todo era confusión, y mi corazón sufría horrorosamente.

Al amanecer del segundo día, álguien que llegaba de casa de don Gonzalo anunció por lo bajo:

—Al fin murió esta madrugada, á las cuatro.

Oílo y tuve una explosión de dolor. Tanto había sufrido en silencio desde la última noche que no resistí más y estallé.

Por muchos días estuve enferma. Mi padre, mi madre, todas las de casa lloraron al pobre anciano y llevaron también luto por él Juanita y Olimpia como los demás. Cuantos le conocían rindieron tributo á su caballeridad, á su honradez y noble magnanimidad. Tuvo grandes exequias.

Yo no le olvidé nunca. Tardé mucho tiempo en reponerme de las impresiones sufridas por su causa y aún hoy, después de tantos años de una vida agitada por mil acontecimientos diversos, al contar esta historia me siento conmovida por su recuerdo.

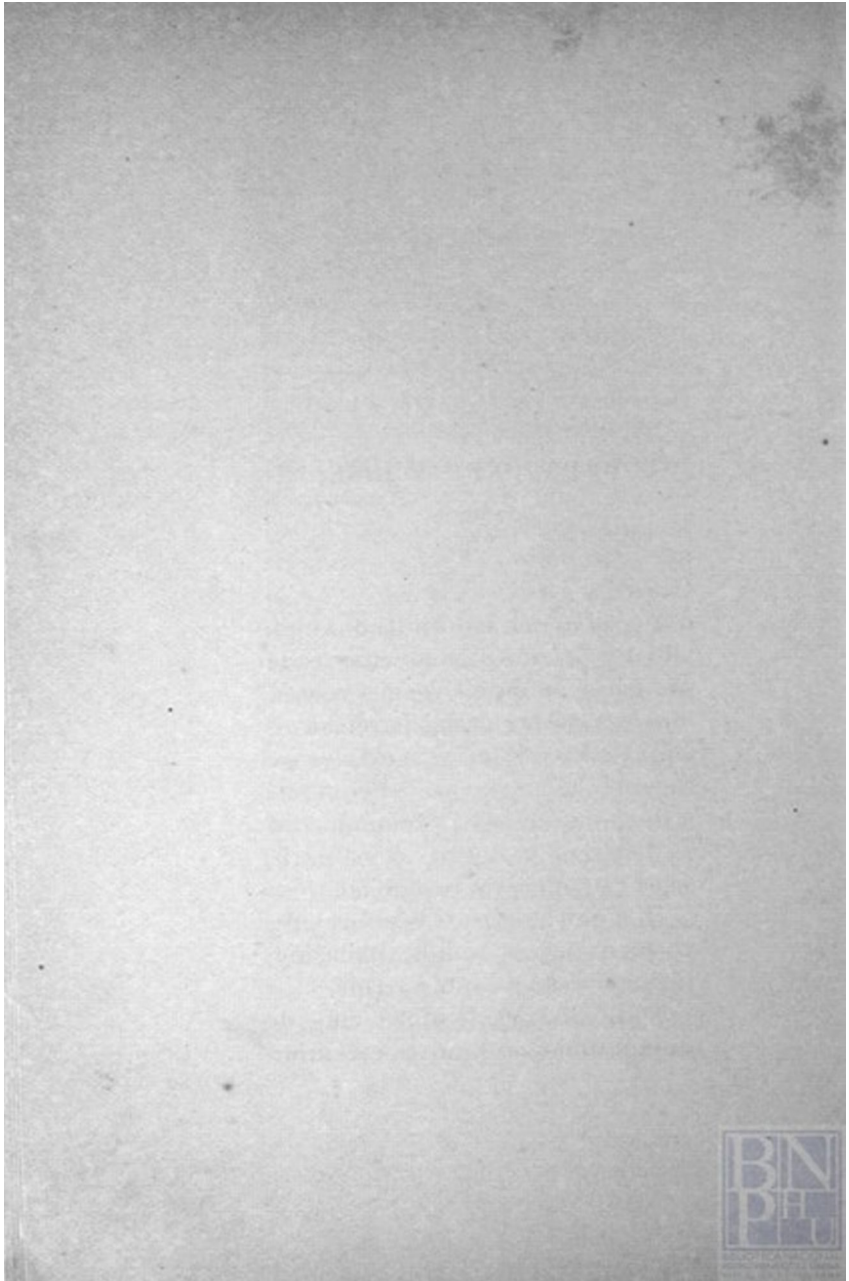
Olimpia no volvió á acordarse de las bromas que con él me daba. Casóse ella, pasado algún tiempo;



Juanita también. Mi padre murió en la misma época del matrimonio de mis hermanas; Matilde le siguió tres años más tarde; mi madre vive conmigo y con Armando, por haberse dispersado el resto de la familia. En medio de tales vicisitudes, lo repito, allá, en el fondo de mi memoria, ha vivido siempre el recuerdo de mi anciano amigo, del resignado mártir de la suerte, del pobre iluso que hasta el último instante de su vida amó y creyó ser amado, del que mis maliciosas hermanas, más perspicaces que yo, llamaron *mi pretendiente!* (*)

(*) Esta historia fué escrita para "El Figaro" de la Habana.





PEPA, PEPE Y JOSÉ,

Fantasia.

Pepa era una morenilla de veinte abriles, nacida en las riberas del Ozama, y en cuyas verdes y siempre animadas pupilas parecían reflejarse las claras y movibles ondas del hermoso río. Pequeñita y delgada, de cara redonda, cabello rizado y negro, roma nariz, boca purpurina y rosado color.

Hija única de padres pobres pero bien emparentados, nada ambicionaba, sólo cantar y reír.

Nadie al verla le daba más de quince años, no tanto por lo dimi-

nuto de toda su persona, sino por su carácter verdaderamente infantil. Parecía una loquilla. Su alegría, su viveza y atolondramiento eran tales, que en su casa la llamaban *relámpago*, *trueno*, *centella*, *rayo*. Ella sola metía ruido, y sus trinos y su risa se oían en el vecindario

¿Quién podía tratarla con seriedad? ¿Quién mostrarse adusto ó severo con ella? Sus padres pretendían reñirla, pero inútilmente. Decíanle: "Pepa, cuándo tendrás juicio? Pepa, hasta cuándo te creerás chiquilla? De todo te burlas, y piensas que se puede vivir riendo?"

—Papasito, déjame; mamasita, no me riñas; quizás día llegará en que llore, contestábales. Pepa con un beso, arrojándoseles al cuello y riendo siempre. Los desarmaba. Débiles y llenos de ternura por la hija única, no se atrevían á reñirla, mas sólo en un punto



se mostraban muy enérgicos. Era cuando se trataba de los amores de Pepa... Entonces sí que la amonestaban seriamente, pero ella reía. Porque Pepa tenía un novio. Este novio era Pepe, la exacta antítesis de Pepa, el reverso de la medalla, todo lo que se podía soñar de más desproporcionado para ella. Era joven, pero afectaba tal gravedad que se daba aires de viejo; cejijunto, taciturno, tan parco de palabras como locuaz era ella; pedante y brutal, desagradable y antipático, jamás reía, nunca chancaba, mientras que las bromas de ella eran sempiternas, su risa constante. Aunque muy inocente, el mohín malicioso de su boca tan graciosa era encantador.

¿Cómo se habían querido? ¿Acaso entre esa antítesis viviente podía haber amor? Nadie lo creía. Todos, incluso los padres de Pepa, que detestaban a Pepe, pensaban que aquella, por capri-

cho ó por burla tal vez, se decía enamorada.

Pepe era estudiante y pobre, sumamente holgazán: además de sus defectos, no podría ofrecer á ninguna joven esperanzas de porvenir. Los padres de Pepa, que tenían para ella mejor partido, no le perdonaban que distrajera á su hija. Pero Pepa no pensaba en nada: Quiero á Pepe, decía; á José solo lo aprecio.

José era el partido de la familia, pariente cercano, joven y acomodado, que conocía á Pepa desde niña y la amaba.

—José te hará feliz. Con Pepe llorarás.

—¿Qué hacer? Lo quiero y lo quiero!

Y Pepa reía, sus padres se enfadaban un momento y al fin la dejaban.

*

A menudo reñían los dos novios, porque Pepa, lejos de asustarse por el terrible ceño de Pepe, se divertía en verle rabiar, y por provocarle hacía mil travesuras. Era un verdadero diablillo.

Nadie podía contener la risa en presencia de aquellas riñas célebres ya por lo chistosas.

—¿Iba Pepa á salir? Le decía á Pepe:

—Te espero en casa.

Y cuando él llegaba, arrostrando el mal semblante de los padres de la novia, no la hallaba allí.

—¿Cómo me has hecho eso? preguntábale él furioso cuando volvía á verla.

—Por ver si me quieres, y reía. Enfurecíase él más, y ningún espectáculo podía darse más cómico que la cara picarezca de ella comparada con el airado rostro de él.

—Un día de estos me suicido!
—clamaba Pepe—estoy desesperado!



—No te mates, Pepito! contestaba Pepa, no sabes cuánto te quiero!—y volvía á reír.

Un día Pepe, después de una travesura de la novia, se armó de una pistola y fué donde ella. No le dijo nada; ella, inocente, principió á bromear:

—¡Qué feo eres! Estoy por dejarte: Perico me agrada más!

Perico era un mandadero de la casa y un sér insignificante.

—¿Te has visto la nariz? Hoy la tienes más grande.

Pepe no gustaba de que se hiciera alusión á su nariz, porque en realidad la tenía enorme.

—Me mato, me mato—bramó—y sacó la pistola.

Pepa empezó á dar gritos. Asustada ó nó, era para morirse de risa el verla tan apurada tratando de calmar á Pepe.

—Pepito de mi vida! ¿Qué haces con eso? Si eres tan lindo! No sabes que es por chanza que



te llamo feo? Para mí no puedes serlo! Te quiero tanto! Dame esa pistola. Si te matas, me enveneno. ¡Pepe, Pepito mío! dame un abrazo y hagamos las paces! No te haré rabiarse más.

Y Pepa corría cerca del joven, quizás realmente algo asustada y llorosa, pero en medio de sus lágrimas reía.

Pepe se calmó:—nunca había pensado en matarse.

*

El tiempo pasaba y el quijotesco estudiante no adelantaba nada. Sus padres determinaron embarcarlo y darle una profesión más práctica y económica que aquella á que le dedicaban. El comercio les pareció conveniente á sus fines, que eran no gastar más en el



joven. Un tío, comerciante, se encargaba de él.

Pepe se ausentó.

Pepa no se opuso á nada. Manifestábase sérena, y lo dejó ir. Sus padres volvieron á la carga:

—Ahí está José, Pepa, que te quiere tanto; mucho te ha esperado; por qué no lo quieres?

—Mucho cariño le tengo, pero no como á Pepe.

—Pepe no está aquí, te olvidará; ¿qué esperas de él?

—No sé, pero lo quiero.

Pepa no reía tanto, mas tampoco estaba triste.

Sus padres insistieron, y día por día le hablaron de José.

José iba diariamente á verla, le hacía regalillos, le pintaba su amor.

Pepa lo escuchaba distraída y no contestaba.

El novio no escribía; estaba muy ocupado.



Pasó un mes y otro mes y también un año.

Pepa se cansó. Sin embargo de no gustarle escribir, le escribía á Pepe y él apenas contestaba. Decía que la quería y le envió unos versos que improvisó para ella, (se las daba de poeta) y esto fué todo.

Era tan perezoso que apenas le alcanzaba el tiempo para ayudar en algo al tío.

Pepa, sin reir, prometió casarse con José, y sus padres contentísimos la miraron á cual mejor.

José estaba loco, no sabía cómo manifestar su alegría. Los regalos llovían. El ajuar de la novia estuvo arreglado en poco tiempo. No tardó en estar todo listo para la boda. El traje de Pepa era lindísimo.

La joven se casó.

*



BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL DE CHILE

¿Qué tiene Pepa, la graciosísima ribereña del Ozama, la alegre y maliciosa niña que tanto ruido metía á su alrededor? ¿Por qué no se oye? ¿Qué ha sido de sus trinos? ¿Qué de su comunicativa risa? ¿Qué de su divertida charla, de su zumbona alegría?

Todos se lo preguntan.

¿Dónde están sus colores?

Pepa ya no ríe, está pálida; no canta y habla poco.

Por qué? José la adora, sus padres que por ella han mejorado de fortuna, la idolatran; todos la quieren y la miman; nada le falta. Antes era una pobrecilla que con traje de purciana ó de batista salía á todas partes. Sus adornos consistían en algún sencillo cinturón, una corbatita ó una flor natural, y en la hermosa trenza, un lazo de cinta. Ahora viste como una señora, tiene chales y sombreros, ricos aderezos y nada se pone. En casa de sus padres ella

misma se servía; hoy tiene criados, incluso su marido y su madre que son esclavos de ella. ¿Qué tiene Pepa? Nada puede apetecer que no lo consiga; á porfía la complacen su familia y amigos. ¿Estará enferma? Ella de nada se queja; por el contrario, dice que es feliz, que á todos quiere y agradece y sonríe.... Siempre sonríe! Esa sonrisa que desde la noche de su matrimonio háse como estereotipada en sus labios. De natural y satisfecha ha ido convirtiéndose en tímida, forzada, triste y hasta dolorosa. Al quien conoció á Pepa risueña, le causa pena.

La recién casada languidece y se marchita; José llama médico, le interroga:—¿Qué tiene Pepa?

—Un poco de anemia, llévela á bañarse en el mar, y que tome hierro.

Prodigan á Pepa los vinos ferruginosos y otras drogas pare-



cidas y le echan á perder el estómago. La joven come menos. Llévanla de aquí para allí, y siempre languidece. Es la sombra de sí misma.

Viene otro médico:

—Vamos, doctor, á ver si usted la cura, dice José afligido, ¿qué tiene mi mujer?

—Abatimiento nervioso; necesita estimulantes.

Se los dan á Pepa y de nada le sirven. Parece mejor un día, y al otro recae. Ya apenas puede salir, ni come, ni duerme; se sostiene á líquido y sólo dormita, pero siempre sonrío.

—Quéjate, Pepa, dice la madre llorosa, para ver si te aliviarnos.

—Pídemelo cuanto se te antoje, alma mía, exclama José casi desesperado, para dártelo todo!

—De qué me voy á quejar? Yo estoy bien, sólo me siento muy cansada... José mío ¡qué bueno eres! ¿qué más quieres darme de

lo que me das? ¡Cuánto agradezco á todos!

Y Pepa les sonríe.

Cada vez la sonrisa es más violenta; hace llorar.

Un día, varias amigas de Pepa est n con ella y la rodean; traen un periódico y se lo presentan para distraerla. Pepa se halla extendida en un largo sillón. Coje el periódico y aunque no tiene fuerzas para leer, se fija en algunas líneas. Abrense sus ojos como extraviados, palidece y se desmaya.

Las amigas hablan entre sí, y nada han visto. Cuando se vuelven hácia Pepa la notan desmayada y sonriendo. El periódico que yacía en el suelo, decía en el párrafo que ella había leído:

“NOTABLE PERDIDA.—El joven Pepe X. ha sucumbido ayer víctima de la fiebre que diezma la población de D... donde él residía etc. etc.”



Pepa, al leer esta noticia se había desmayado.

*

—*Comae Juana, corra, corra, pa que vea el intierro.*

—*¿Qué intierro, Comae?*

—*Er que sale de la Catredá. ¡Jesús, qué gentío tan grande!*

—*Verdá; cuánta gente! ¿Y quién será el muerto?*

—*Arcanza usted á ver la caja?*

—*No, todavía, si la gente la tapa. ¡Ay sí! ya la aviso. Y es chiquita.*

—*Yo también la veo: vamos pa la otra esquina de la calle del Arquillo pa verla mejor. Ese debe ser de rico.*

—*Por supuesto. No ha oído usted los dobles desde esta mañanita casi en toas las iglesias? ¡Si fuera probe con dos tin tan lo componían!*

*



—¡Josesito, corre á la ventana! ven á ver el entierro.

—Ya estoy. ¡Qué lucido va!

—Lleva mucha gente. Todo Santo Domingo!

—Como doscientas personas.

—Pobre Pepa! ¿Y de qué murió al fin?

—No se sabe. Cada médico dice una cosa...

—Tan alegre que era! Me da pena...

—Hija, y qué se va á hacer!

—Es verdad. Conformarse. Hoy ella y mañana yo.... ¿Vas esta tarde al campo?

*

—Diga usted don Fernando, con que es la muerta aquella señorita tan graciosa que se casó hace poco?



—Me han invitado al entierro y he venido sin saber quien era.

—La misma. El año pasado se casó lozana y tan alegre.

—¿Y qué le sucedió?

—Enfermó á poco.

—¿La quería el marido?

—Parece que sí. Allí va sin alzar siquiera la cabeza. Dicen que la ha llorado como un niño.

—¡Infeliz! ¡Para casarse así...

—Mala lotería...

*

—Muy cabizbajo va y sabe Dios si él la mató; ¿no lo crees Andrea?

—¡Ea! Para morir tan joven antes del año! Son los hombres tan falsos! El que más parece querer no es á veces más que un hipócrita... La que tiene experiencia no se deja engañar.

*



—¡Ay, pobrecita de Pepa! si cociné en su casa; tan alegre y tan buena! Jesús, Leoncia, si le hicieron *mal de ojo!* Era tan graciosa y se hacía querer tanto!

—No me diga, Faustina... yo cociné en casa de su tío y la veía á *caa* rato. Le echaron brujería.

—De seguro...

Pepa está en el cementerio y por algunos días siguen los comentarios. Cada cual juzga á su manera. Ese es el mundo y la vida va así... La desventurada ha muerto ¿de qué?... Un poeta diría: "Ha muerto de amor."

—No. La verdad es esta: violentaron su naturaleza: nació pájaro, para volar y cantar como los pájaros y tener sus amores como ellos. Los amores chistosos que había tenido con Pepe la hicieron mujer seria, y no pudo resistir.

Padres y mentores sesudos, oíd un consejo y observad. No tratéis nunca de cambiar completa-

mente la naturaleza de vuestros hijos ó educandos. Lo más á que podeis pretender es á modificarla, moralizándola prudentemente; de lo contrario, os exponéis á ser verdugos inconscientes como los padres de Pepa. No os fieis de la insensibilidad de los que siempre ríen, y guardaos de pensar que no tienen corazón. A menudo acontece que una idea es más profunda cuanto más vacío está el cerebro en que se arraiga, y lo mismo sucede con los sentimientos. El alma virgen de afectos es la más accesible al sentimiento único y avasallador. Observadlo y lo veréis. Encontraréis otras Pepas.

Octubre, 1896.



LA CONFESION DE UN
JOVEN TIMIDO.

I.

A mi primo A. B.

—Ya que estamos en tierra americana y entre gente práctica voy á apostar contra usted mil *dollars*, señor don Pedro Tilo. ¿A que le hago reír con la relación de mi desgracia?

—Si usted se lo propone, amigo mío...!

—Nó, por el contrario; será involuntariamente.

—Entonces perderá usted su apuesta.



—¿Y me lo dice riendo?

—Es que es usted chistoso...

—A pesar mío: soy lo más serio que hay en el mundo: ha podido usted verlo en estos días que hemos pasado juntos en New York. Sin embargo, todo el mundo se ríe al verme y al oírme. Usted mismo, que me lo niega, ha estado siempre divertido conmigo.

—¿Insiste usted en ese error?

—No me ofendo por ello. Mi desgracia ha consistido en hacer reír á los otros, cuando más sufro yo.

—No puede ser.

—Entonces hagamos la apuesta que le digo.

—¿Mil *dollars*?

—Mil *dollars*.

—Y ¿puede usted decirme por qué se ha empeñado en hacerme esa apuesta?

—Una idea supersticiosa que me ha venido. Voy á ser franco con usted. Ese vino que usted

me ha hecho probar en la comida ha producido en mí un efecto maravilloso. No me ha perturbado el cerebro, como podría suponerse, sino que ha despejado mis ideas y como ensanchado el corazón. Por la primera vez, en los veinte y tres años que cuento de existencia, me siento dispuesto á ser expansivo con álguien que no sean mis autores favoritos. Hasta el presente sólo había hecho confidencias á mis libros, ni aún mi madre las recibió nunca de mí. He sido siempre tan silencioso que en donde quiera podía haber pasado inadvertido á no ser por mi ridícula figura. Esta noche experimento un *algo* que me impele á hacer á usted, la confesión de mis penas.

Siendo usted un literato tan conocido puede utilizar mi narración para componer una de sus curiosas novelas, y así no habrá perdido su dinero aunque yo le



gane la apuesta que antes vamos á hacer. A mí no me importará nada. Dejaré á usted en la ignorancia de mi verdadero nombre así como en la del lugar de mi nacimiento y de toda particularidad que le ponga en autos de mi personalidad auténtica. Esta noche ó mañana partiré de New York sin dirección fija, porque viajo al azar. Nadie aquí me conoce particularmente sino usted; de modo que el ridículo recaerá sobre un desconocido ausente. ¿Qué se me da á mí esto? Y una vez en la vida habré desahogado mi corazón, me habré confesado con sinceridad, habré *vivido*, en fin! Porque no es vivir el guardar siempre dentro de sí lo que está de más, lo que ahoga, lo que asfixia, amenazando siempre atrofiar el cerebro y el corazón! Y así he pasado yo más de veinte años; sí, más, porque desde que tengo algunas reminiscencias de

mi sér he callado, he sufrido mis más crueles dolores sabiendo que nadie había de comprenderlos.

—Usted verá que yo le compadezco.

—Y sonrío usted...! No dudo que así lo quiere; pero no le será posible.

—Entonces, esa apuesta...

—Es leal. Ya le he dicho que usted no perderá.

—Me había usted prometido decirme por qué la hace, con la seguridad de ganarla y siendo tan rico, toda sospecha de especulación de parte de usted, es un absurdo.

— Se lo revelaré al fin de mi historia. ¿Tendré mis mil *dollars*?

—Si usted los gana...

—La risa de usted me lo asegura.

—Vamos, principie usted á contarla. Le escucho con el mayor interés.

—Oiga usted.

II.

Un viérnes, día aciago, según los fatalistas, vine al mundo *por mi mal nacido* como dice Espronceda en el "Diablo Mundo" hablando de Lima. Y no sé si diga viérnes, porque, como si no quisiera la suerte que yo tuviera día de nacimiento. Ví la luz... artificial entre las doce y la una de la noche, en momento tan indeciso que no se sabe de fijo si pertenecía á la víspera ó al día siguiente en el cómputo del tiempo. Hasta en eso fuí fatal desde que principié á conocer la vida.

La primogénita de mis padres había nacido muerta, era una niña preciosa, que dejó en todos lo que la conocieron el sentimiento de no haber podido darle vida. Mis padres no se resignaron con aquella pérdida, sino cuando mi madre volvió á hallarse nuevamen-

te en cinta. Pero por mi mala estrella, mi fatalidad no principió en mí estando en el escenario del mundo, sino desde el vientre de la que me dió el sér. A los tres meses de su embarazo, mi madre vió por casualidad un dromedario, y la deformidad de este tan útil y dócil servidor del desierto le llamó tanto la atención que con ella soñó una noche. Se supone que de esto proviene el que uno de mis hombros tuviera un tantico de más elevación que el otro y que en la mitad de mi espalda se viera una pequeñísima protuberancia. Oh! muy ligera, os lo aseguro, pero que bastó para que desde muy niño me oyera llamar *el jorobado*.

Y otra cosa más ocurrióme cuando todavía se hallaba mi alma en el limbo de los inocentes. Digo así porque ¿quién podría asegurar que ya habitara esta alma también dentro de mi cuerpo im-



perfectamente formado en el seno de mi madre? Asustóse ésta terriblemente una noche al entrar en una pieza oscura viendo un gato que se hallaba allí encerrado el que se puso furioso al acercársele ella y pareció que quería asaltarla. Y tuvo con este susto una crisis de nervios tan espantosa que de ahí acometiéronle los dolores del alumbramiento y nació yo siete meses después de haber sido concebido. Soy siete mesino por desventura mía. Se lo digo á usted, todo coincidió para hacer mi suerte más triste desde que fui destinado á habitar este valle de lágrimas, así muy bien llamado cuando se trata de mí.

Todos, después de la primera niña tan hermosa, y siendo mis padres bien proporcionados, jóvenes, robustos y gallardos aguardaban una criatura parecida á la otra y deseaban con ansia su advenimiento al mundo.

Al recibirme en sus brazos hizo la comadrona una mueca burlesca, pudiendo apenas reprimir la risa que le causaba mi figura. Mi padre, al serle presentado tuvo un mohín de disgusto; su semblante manifestó una decepción tan penosa que los circunstantes quisieron conocerme. La hilaridad hubiera sido general á no respetarse la circunstancia en que se hallaban. Cuentan que nací grotesco; mi madre quiso verme. Con temor me presentaron á ella. ¡La pobrecita! Un gemido de sorpresa, una lágrima de pesar se le escaparon... Como para expiar aquel primer impulso de su amor propio de madre lastimado, dicen que quiso estrecharme entre sus brazos. Dí un chillido tan extraño, que la buena señora, debilitada por su estado y más aún por el esfuerzo hecho para acariciarme, se desmayó.

—¡Qué mónstruo me ha nacido!



Exclamó mi padre al oirme chillar, despechado y temeroso, viendo así á mi madre por causa mía.

La comadrona y demás circunstancias no podían menos que reír, á pesar de la penosa situación. Siempre, en medio de mis tribulaciones he hecho reír á costa mía.

¡Infeliz de la que nace hermosa! dice el mismo Espronceda por boca de la madre de Lucio.

¡Ay! exclamo yo, ¡desgraciado del que nace feo, tan feo y tan ridículo como nací yo!

Sí; porque desde ese instante fuí mártir de mi fealdad. Mi padre no podía verme sin disgusto; mi madre lloraba con frecuencia, los demás se divertían conmigo, ó por mejor decir, á expensas mías.

—Ya lo ve usted, no soy buen mozo, ni con mucho, pero me dicen que entonces era horrible. Tenía la cabeza enorme, el cuello



delgado y metido entre los hombros, los ojos algo torcidos, la nariz muy ancha, la boca grande y unas orejas enhiestas que recordaban las del conejo, los labios muy abultados como picados por avispas, y el cuerpo todo un tanto contrahecho y desproporcionado; las piernas muy delgaditas, el vientre crecido, los brazos largos. Y sobre todo, una timidez que me hacía huraño por demás. Cuando me llamaban para acariciarme, echábame á llorar y hacía unas muecas tan feas que semejaban las de Gwinplaine en *El hombre que rie*, de Víctor Hugo. Si, señor, mi llanto provocaba la risa como el del amante de Dea, esa terrible concepción del genio inmortal de mi autor predilecto.

He olvidado decir á usted que para colmo de desgracia, mi abuelo, que se llamaba Seraffin, había exigido de mis padres que á su primogénito le dieran su nombre.



Al nacer yo tan feo no quisieron los autores de mis días gratificarme con un ridículo más y pretendieron llamarme de otro modo. Mi abuelo no lo consintió; siendo ciego no podía creer que yo fuese lo que decían y hubo de dársele gusto. Me llamó Serafin; y hoy no viene á ser nada el que lleve yo este nombre tan significativo. He mejorado mucho de figura con los años. Mi cabeza cubierta de rizados cabellos no presenta á la vista las protuberancias que en ella relucían siendo yo niño; mis orejas disimuladas por los mismos cabellos se notan menos; mi nariz más levantada no parece la de un kalmuko, sino que tiene cierto trasunto con la de Cyrano de Bergerac por lo batalladora y sobresaliente. La ciencia médico-quirúrgica ha enderezado mis torcidos ojos, y como son estos de un tamaño regular y bastante vivos, no deslucen mi cara como

usted lo ve; con el bigote, mi boca, que decían enorme, disimula sus imperfecciones de forma y de tamaño; mi cuerpo robustecido por el ejercicio ha adquirido proporciones más convenientes, y todo así relativamente. Pero de pequeñito ¡santo Dios! llamarme Serafín? Un serafín jorobado y todo contrahecho, podía concebirse? Mi sólo nombre daba motivo á las rechiflas más crueles de que era yo víctima constantemente. Mi madre, que me quería con tanta lástima, quiso remediarlo, llamándome Finfín para abreviar también mi nombre. Este Finfín no me proporcionó menos disgustos.

—Fin, fin fin, fin fin! El fin del mundo, decíanme luego los chicos amigos y los de la escuela cuando me perseguían burlándose de mí. Y yo me echaba á llorar, provocando su risa con mis lágrimas.

Y menor fué mi tormento, mien-



tras no me nacieron los hermanos. Siendo su único hijo, mi buena madre me mimaba, me atendía con tanto esmero que compensaba con esto en algo los pesares que los demás me causaban.

Mas, ay de mí! El primer nuevo vástago de mis padres me privó de esta dulce prerrogativa: nació muy bien conformado y muy hermoso. Fué acogido con una alegría general; mi padre le llamó el bienvenido. No podía menos. Hacía cuatro años que la vista de mi deformidad le hacía sufrir mortificándole en su orgullo de progenitor y mostrábase serio conmigo, nunca expansivo. Con el recién nacido dio rienda suelta á sus sentimientos paternales. Con indecible satisfacción él y mi madre contemplaban á la hermosa criatura mostrándola á los amigos que á porfía la agasajaban.

Yo, mientras tanto, todo mohino, viendo el interés que inspiraba

mi hermano, metíame en los rincones para no ser notado y rompía á llorar haciendo mis horribles muecas que divertían tan profundamente á los otros. Mi madre misma, que me consolaba de mis penas, tuvo que desatenderme para consagrarse casi exclusivamente al tierno infante que reclamaba sus cuidados: quedé entregado al aya, mujer ruda y vulgarota, incapaz de comprender mis sufrimientos, la que creyéndome demasiado feliz con tener padres ricos que me proporcionaban toda clase de satisfacciones materiales, hasta la de tenerla á ella por nodriza, era la primera en burlarse de mí cuando me veía llorar, contribuyendo así por su parte á hacerme más tímido y más huraño.

Ya ve usted, señor don Pedro Tilo, que esta timidez excesiva mía tuvo su origen en causas que no dependieron de mí dominar. No! jamás he encontrado compa-



sión en nadie. Hasta usted mismo me escucha hoy sonriendo. Mi persona es de aquellas que no pueden inspirar un sentimiento serio. Se me ha estimado, se me ha querido en el curso de mi malhadada vida; pero siempre he hecho reír á los demás involuntariamente. Y ¿quiere usted que se lo confiese? Ha habido veces que, en medio de mi mayor desesperación, al mirarme al espejo, yo mismo me he burlado de mí. ¿Qué más puedo decirle? ¡Sí señor! Mi propia figura me ha causado risa. Y al reirme, he excusado á los que se divertían conmigo, los he perdonado completamente y he seguido viviendo en paz con ellos y resignado con mi suerte.

Mi hermanito creció mimado por todos, alegre y bullicioso; y lo primero que aprendió fué á burlarse de mí. Hacíame mil maldades, aturdíame llamándome Fin, fin, fin, fin, fin, todo el día,

volviéndome loco con sus continuas impertinencias que hacían desternillar de risa á los otros. En una trompeta que le habían comprado, para tormento mío, ensayóse á sonar su *fin, fin* de un modo tan agudo que me destrozaba los oídos; así era como me llamaba, cuando yo, temiéndole á sus bromas, corría por toda la casa para ocultarme huyendo de él.

Fin, fin, fin, fin, fin, sin fin, fin, fin, tocaba el taimado en su trompeta corriendo en pos de mí para perseguirme con sus maldades y todos se sujetaban las costillas para no estallar de risa, oyéndole á él y mirándome á mi la cara que ponía, tapándome los oídos y prorrumpiendo en llanto. Hasta mi madre, no obstante ser la única que compadecía un tanto mis penas, se divertía con aquel espectáculo tan chistoso para todos, y si al cabo intervenía riendo á su Arturito era más reída que se-



ria, por lo cual mi diablillo perseguidor no la hacía el menor caso y continuaba su sonsonete hasta que de puro cansado lo dejaba. Yo amaba á mi hermanito, no le envidiaba sino su hermosura, y aún esto no es exacto; por el contrario, complacíame tanto como mis padres, en que fuera tan lindo y tan gracioso, sólo sí que deseaba parecerme á él para inspirar lo que él inspiraba, para recibir las demostraciones de afecto que á él le tributaban y para poder mostrarme expansivo como la feliz criatura. Oh! sobre todo, para esto... para no ser tímido y huraño. No me atrevía á acercarme á mi padre, muy severo conmigo y débil con Arturo, ni á acariciar á mi madre siempre buena conmigo, ni á reunirme con los otros niños para jugar, ni... nada! De todo tenía miedo, pensando siempre que todo el mundo iba á reirse de mí si hacía la menor



cosa para manifestar mis sentimientos ó mis gustos.

Tenía yo ocho años cuando me nació una hermanita. ¡Y aquí si fué la historia! El mismo Arturo, antes de ello el tirano de la casa, el árbitro de todo, vióse algo relegado, con lo cual no supo resignarse. Vengóse sobre mí del descuido de los otros, atormentándome más que nunca sin permitirme un momento de tranquilidad cuando estábamos juntos. Y esto era frecuentemente, porque habiánnos confiado á nuestras ayas que pasaban la vida conversando entre sí, confiándose recíprocamente sus aventuras y atendiendo muy poco á Arturo y á mí, encerrados con ellas en dos vastas piezas algo retiradas de la habitación de mis padres, quienes por evitar el ruido que hacíamos mi hermano y yo, (¿yo? pobre de mí! yo sí, huyendo de él y gritando por miedo á sus persecu-

ciones); resolvieron tomar la medida de alejarnos un poco de ellos, temiéndole también al odio que Arturo manifestaba sentir hacia la niña que le quitaba gran parte de sus anteriores prerrogativas. Quería el antes tan mimado niño arañar á la recién nacida, hablaba de sacarle los ojos, y hacía tales amenazas, vociferaba tanto cuando le llevaban á verla, que hubo de separársele de la niña, y á mí junto con él. Así perdí yo la parte que me quedaba de los cuidados de mi madre. Arturo y la chiquilla absorbíanlos completamente y con razón se me desatendía. Yo era grandulón; perdía los dientes primeros, los segundos aún no me salían, con lo cual estaba más feo que anteriormente.

Estaba en edad de ir á un colegio y además había ya muchos niños en la casa. Era preciso que saliera de ella. Aseguraba mi padre que así perdería mi timidez,

que viviendo siempre entre faldas sería eternamente un... zángano, un tonto, que nada aprendería aunque me diera un preceptor. Aun no lo había hecho por considerarlo inútil: tan estúpido 'parecía yo! Y se equivocaba. Mi inteligencia despertó muy temprano; la timidez era la causa única de mi aparente idiotismo.

Mi madre consintió en que me separaran de ella no sin lucha. La buena señora me quería mucho, tenía gran lástima y temía que entre extraños sufriera yo más que en casa, pero sus otros hijos, menores que yo, absorbían todo su tiempo, razón que más que toda otra la obligó á dar oído á las reflexiones de mi padre; á someterse á la voluntad de éste. Recomendóme muy especialmente á la benevolencia del director del colegio donde me internaron, explicándole las particularidades de mi carácter, suplicándole me de-

fendiese contra los otros niños, siendo yo incapaz de defenderme por mí mismo. Con esto tranquilizó mi buena madre su corazón y su conciencia y pensó que podía lanzarme á los azares de la vida colegial.

Imagínese usted don Pedro, lo que sería para mí eso de verme arrancado, así, de golpe, de los rincones en que vivía metido casi desde que nací, para ser arrojado en medio de un centenar de niños entre los cuales apenas había uno que otro de mi edad. Cuando me sacaron de mi casa dí gritos tan descomunales que ensordecí á todo el mundo. Irritóse mi padre y para obligarme á salir, condújome personalmente á casa del director. Teníale yo tal miedo que con él no me atreví á chistar acallado súbitamente desde que mi severo guía me tomó de la mano, sólo dejé oír algunos sollozos ahogados que se me escapaban de

rato en rato á pesar mío, y estaba tan feo que, lejos de inspirar lástima, mi ridícula figura á todos hacía reír. Yo mismo lo comprendía y tuve que resignarme cesando de luchar contra mi especial y extraña suerte. Calmado ya, fui presentado al director del colegio y á su señora, quienes desde luego se hicieron cargo de mí muy amablemente; mas ¡ah! fatal promesa para mi futura vida de colegio! No disimulando mal la burlona risa que mi fealdad, mi grotesco aspecto y mi ridícula hosquedad, provocaban en ellos. No habría remedio para mí. Doquier me hallase, víctima había de ser de la indeleble estampa con que me había marcado la naturaleza. Y así, niño como era, reconociendo la insanidad de mis intuitivas resistencias, formé el propósito de resignarme, de mostrarme firme, de no llorar, puesto que mi llanto me atraía más par-



ticularmente la burla de los otros; de concentrar en mí, mis malas impresiones. Y llevélo á cabo en cuanto me lo permitieron mis esfuerzos de voluntad. Solamente que me volví más huraño que nunca. Mi excesiva timidez impidióme señalarme en las clases á pesar de mi penetrante inteligencia y de mi continua aplicación. Respondía siempre al revés, perdiendo la cabeza desde que me hacían alguna pregunta sobre cualquier materia de estudio: servía de mofa, siendo tal vez en realidad el más aprovechado de los niños de mi edad y aún de muchos mayores, los cuales observando maliciosamente mis trabajos cuando tenían algún mérito, apropiábanse los y los hacían pasar por suyos á los ojos de los profesores que los premiaban. Y yo no me atrevía á quejarme por temor de ser desmentido y más cruelmente perseguido por ellos.



Mis maestros, el director y mis padres me suponían un imbécil, en tanto que yo ejercitaba cuanto podía, mi inteligencia; progresaba en la ciencia, nada más que para mí solo.

Mis días en el colegio fueron grises, ya que no negros, gracias al enérgico esfuerzo que había hecho desde el principio para dominar mi extremada sensibilidad. Durante las vacaciones iba á casa de mis padres, que cada dos años aumentaban su familia con un nuevo vástago. Yo tenía cuatro hermanos. Arturito no era ya él único tiranuelo de la casa; mal de su grado había tenido que compartir su soberanía con el menor de los hijos de mi madre, otro chico tan gracioso y turbulento como él. Los demás eran dos niñas muy bonitas. No había en la familia otro feo. La palma de la fealdad, habíame sido conservada y todos, grandes y chicos,

me lo hacían comprender suficientemente; mis hermanos menores se burlaban de aquel escolar largo, contrahecho de hombros y de piernas, de rostro tan poco atractivo que de ellos huía como si estuviera atacado de epidemia. En mis hermanitos no encontraba más consideración que en mis hermanas. Ninguno me comprendía ni podía acostumbrarse conmigo.

En mi casa llegué á parecer un extraño, de tal modo que, no obstante mi afectuosidad, nativa de mi carácter, que me hubiera hecho considerar la vida de familia como la anticipación de la que en el paraíso se goza, prefería vivir en el colegio, donde si bien era tratado como extranjero, debía resignarme como á cosa natural.

Llegué así á los trece años sin haber hecho mi primera comunión.

Hacía tiempo que esta impor-

tante ceremonia de la vida de los niños católicos había ido posponiéndose por causa de lo que llamaban mi ineptia y estupidez, que me hacían parecer poco digno de acercarme á la Santa mesa. Pero había yo crecido tanto que no fué posible diferirlo más. Tenía unas piernas tan largas y tan mal formadas que mi madre quiso que llevara el pantalón largo para que, en día tan sagrado para mí, no fuese objeto de la burla de los otros niños que comulgaban conmigo, todos condiscípulos y diablillos perseguidores míos, y así lo estrené para tan memorable acontecimiento. Yo era muy bueno, muy humilde, con el mayor fervor habíame preparado para recibir el augusto sacramento, pero, ¡qué quiere usted don Pedro Tilo! ese día que pudo ser uno de los más felices de mi vida por la buena disposición de mi ánimo, abierto por la vez primera á un poco

de expansión por las no acostumbradas consideraciones que se me demostraban con motivo de la ceremonia; ese día, digo, fué uno de aquellos que mi fatal ridiculez se hizo inolvidable en mi historia. Sí, estaba tan azorado con mi pantalón largo, pensaba tanto en la figura que con él tenía, y el temor de parecer grotesco aguijoneábame de tal modo, que no sabía ni por donde caminaba, ni lo que hacía. Sabiendo que mi talla sobresalía de la de los otros comulgantes, de circo á seis pulgadas y que mi maldito pantalón, atraía sobre mí las miradas de los circunstantes, puede usted imaginarse cómo andaría mi cabeza y cómo podía yo, triste de mi, habituado á sustraerme siempre que podía de la vista de todos, disimulándome en los más oscuros sitios para ser menos notado ó pasar enteramente inadvertido; y héteme en medio de una iglesia, ador-

nada para las circunstancias, y de una concurrencia muy lucida, siendo el punto de mira de tantos ojos bellos ó sin belleza, empero á cual más malicioso. Por doquiera que pasase en la fila de los comulgantes hasta llegar delante del altar, oía como un zumbido del infierno, los cuchicheos, y las risas contenidas de los demás caballeros y niñas, sobre todo de las damas (oh Dios! á ellas tenía yo un miedo atroz!) que se fijaban en mi, distraídas de sus devociones por lo ridículo de mi aspecto. Sentíame como ébrio y marchaba titubeando cual si tuviese llenos de callos los pies y metido en estrechos zapatos. Pisaba sin quererlo las faldas de las señoras arrodilladas á mi paso y un momento estuve á punto de caerme sobre una de ellas. Fué tal mi emoción por el accidente que el cirio que llevaba en las manos, cayó encendido sobre el traje de



dicha señora. Ella casi gritó. Hubo un pequeño tumulto á nuestro alrededor y mi turbación y la maligna curiosidad de las damas aumentose después de tales sucesos. Piense usted como se hallaría mi ánimo cuando al fin me arrodillé ante el santo tabernáculo y recibí la sagrada hostia. Poco faltó para que el sacerdote oficiante me abriera la boca y la colocase en ella. Temiendo que se me escapase de entre los labios hice el movimiento de deglución con tal rapidez que me atraganté y fuí acometido de una tos violenta. Aquí fué la cosa! Hubieron de llevarme á la sacristía. No había casi en la iglesia quien no riese alto. Aquello era escandaloso, y yo deseaba morir en medio de mi completo aturdimiento y de las burlas de los demás. Sí, no olvido jamás ese día que me hizo célebre entre las personas que formaban la sociedad de mi fami-

lia que era lo más selecto de la ciudad en que vivíamos.

Llegado á casa recibíome mi padre con tan adusto semblante, á pesar del esfuerzo que hacía para dominarse delante de los que me acompañaban, que no supe lo que era de mí. Como él no había asistido á la iglesia, alguien que me precedió al salir de ésta, parece que le informó de los incidentes ó accidentes de mi primera comunión. Así lo comprendí yo, pobre de mí, en la expresión de su mirada desde que me vió llegar. Hasta mi madre que tampoco había podido presenciar el solemne acto cristiano, por retenerla en casa su salud algo quebrantada en esos días, me miró con tristeza y disgustada de mí á mi aparición.

Cuando estuve un instante solo con ella fijóse en mi traje y me preguntó sorprendida.

—Y la cadena con el reloj que



te regalé para hoy, ¿no la has llevado? Dónde está?

Ah! Esa era otra! ¿La cadena y el reloj? Yacían en el fondo de mi bolsillo rotos en varios pedazos la una y el otro sin vidrio y descompuesto. Tanto los había estrujado nerviosamente para disimular mi turbación, que antes de llegar á la iglesia tuve que quitármelo y guardarlo porque ya no me servían.

—Los olvidaste? insistió mi madre.

—No, mamá; respondí aturdido, incapaz de mentír. Se me rompieron.

—No es posible. ¿Cómo ha sido eso?

Maquinalmente llevé las manos á mi bolsillo y saqué de él las dos prendas tan estropeadas...

—Oh, Saraffín!—díjome mi madre; seriamente enfadada. Hasta cuando serás...?

No pudo añadir otra cosa antes

de que salieran de sus labios, siempre indulgentes para mí, el epíteto que nunca me había dado, que yo sospechaba y rompí á llorar. Estallaba y debí ponerme tan feo que mis hermanitas que venían hacia mí se echaron á reír.

—Serafín! Fin, fin, llorando! Finfin llorando! comenzaron á gritar con una algazara, que me hizo serenar en seguida, comprendiendo mi ridículo y corrí á ocultarme para no dejar ver mi rostro.

Mi madre tuvo que reír. Entre conmovida por mis lágrimas y divertida por la alegría de los chicos, me siguió apresurada.

—Serafín, hijo mío, eso no es nada! No seas tonto, ven donde mí. Abrió sus brazos y me estrechó en ellos.

Dulce abrazo! Para recompensarlo, echéme á reír. Ese día yo mismo me burlé de mi grotesca faz!

—Y usted se ríe, don Pedro



Tilo, al oirme contar esto...! No se excuse. Es natural. Cualquiera en su lugar se divertiría lo mismo. Ya vé usted que voy ganando mi apuesta.

El fin de mi historia se acerca.

—¿Por qué precipitarlo?

—No quiero cansarlo con la relación de mis... ridículas desgracias.

—Me interesa usted mucho, créalo usted.

—Diga, por Dios, francamente don Pedro, que le divierto y si quiera tendré la satisfacción de ganarle algunos *dollars*. Voy á abreviar para obligarlo á confesármelo.

Mi madre murió poco después. La lloré como al único sér que había soportado con paciencia mi necia timidez, que me había compadecido alguna vez, aunque no comprendiera lo íntimo de mis sufrimientos; la que me había querido sinceramente á pesar de

las continuas mortificaciones de amor propio que mi fealdad le acarreaba.

Y me reconcentré más en mí mismo.

Pasé algunos años más en el colegio, prefiriendo éste á mi propia casa donde mi pobre madre estaba ya ausente. No verla allí afectuosa é indulgente conmigo, solícita lo más que se lo permitían las tiránicas exigencias de mis demás hermanos, causábame un pesar profundo.

Habíame acostumbrado á la vida colegial, no deseaba que llegara para mí el día de abandonarla, estudiaba mucho fuera de las horas de clase encerrado con mis libros, oía á los otros jóvenes hablar de amor, de fiestas, de placeres. A mí todo me estaba vedado. ¿Cómo aspirar á la vida de sociedad, al mundo y sus goces legítimos y serios ó vanos, propios de la juventud con la figura



que yo tenía, sobre todo, con mi estúpida timidez? La vista de una mujer joven y agraciada me hacía temblar de miedo, salía huyendo las más de las veces. No podía afrontar una mirada femenina por el terror que me inspiraba la idea de leer en ella la burla.

Mis condiscípulos me daban terribles bromas sobre este punto. Atribuíanme las más extravagantes aventuras con damas galantes, cuyos nombres llegaban hasta nosotros por los periódicos que á escondidas se leían en el colegio, y se lo contaban entre sí en presencia mía para verme sonrojar, desesperar de vergüenza y de sentimiento con lo cual se divertían inhumanamente. Yo había tomado el partido de escucharlos, al parecer, impasible, sabiendo que lo contrario me exponía á más crueles sarcasmos, pero en mis adentros, sabe Dios lo que experimentaba.



Para evitarme desagrados de esta especie no tenía un momento libre que no lo pasara en mi cuarto entre un motón de obras de autores clásicos, porque otra lectura no me era allí permitida, como un hurón en su huronera. Y hasta eso de rodearme de libros era motivo de rechifla para mis compañeros, puesto que considerándome un imbécil, creían que la locura científica ó literaria se había apoderado de mi embrutecido cerebro, siendo causa de aquella manía.

Una circunstancia inesperada hízome decir adios á mi vida de recluso y entrar en el escenario social.

Murió mi padrino, viejo solterón que simpatizaba conmigo por lo que imaginaba hubiera en mí de caprichoso, por ser él realmente un maniático, y me dejó todos sus bienes que eran cuantiosos. Héteme, pues, á los veinte años, un

heredero riquísimo, uno de los más brillantes partidos que se encontraran en la sociedad de... Nó! no diré el nombre de la ciudad de mis desgracias.

Mi padre quiso que inmediatamente dejara el colegio. Instálome lujosamente en casa y me declaró que era preciso que pensara en casarme, porque de la manera que yo había vivido era insoportable que yo continuara haciéndolo á mi edad y con mi fortuna. Añadió que entre sus relacionados, él conocía algunas señoras muy dispuestas á verme aceptar la mano de alguna de sus hijas, y que había una parienta de la familia y viuda que nada deseaba tanto como eso para su niña Enriqueta, un pimpollo de belleza, de gracia y de alegría; que yo necesitaba una mujer como ésta y una suegra como la madre para sacarme de casillas y lanzarme en el mundo; que era

ya tiempo sobrado para mí de dejarme de estupideces y de pensar seriamente como hombre.

Este largo sermón me aturdió. ¿Qué iba á ser de mí, Dios santo, en aquella barahunda de impresiones que me preparaban y cómo resistir á mi padre? Acostumbrado á temerle desde que me acordaba de él, no era aquel el momento de oponerme á su voluntad. Quise protestar, pero su voz más imperiosa ahogó la réplica en mi garganta. Balbucí únicamente y bajé la cabeza atemorizado.

Fuera de la presencia de mi padre, solo conmigo mismo, medité. ¿Era para eso que había heredado los bienes de mi padrino? ¿para ser más dependiente que nunca, puesto que hasta se me imponía la obligación de casarme? Yo conocía á la chica que me proponían. Parecíame verla más inclinada á mi hermano Ar-

turo, joven de diez y siete años, vivo, alegre y gallardo que formaba con ella una pareja deliciosa, y la encontraba tan coqueta que me inspiraba más terror que cualquiera otra.

Más, ya lo comprendo, la chica era pobre: por toda dote no tenía más que sus gracias y yo era un partido riquísimo, un zángano: de mí podía ella hacer lo que le diese la gana. Esta perspectiva debía ser suficientemente halagadora para una chica avispada y maliciosa. La muy coqueta empezó sus manejos, bien aleccionada, comprometiéndose á voluntad, haciéndose sorprender sola conmigo, que le hufa, en los rincones y sitios solitarios de la casa. Por supuesto que de mí no tenía ella nada que temer: yo apenas alzaba los ojos para mirarla; ella se acercaba á mi y me hablaba, tomándose las manos, para obligarme á atenderla y mientras yo me



sonrojaba hasta la raíz de los cabellos intimidado por su presencia, estúpido como nunca y buscando por donde escurrirme, ella se reía mostrándome sus blancos dientecllos y diciéndome con gracia cautivadora:

—Seraffin, por qué es usted tan huraño? No tenga miedo de mí? No sabe usted que nuestros padres quieren que nos casemos? Finfin, muéstrate más amable: nos están mirando.

Sí, la muy taimada chica lo sabía; para que nos vieran buscaba ella la complicidad de los espejos, la de las celosías entreabiertas, la de todo lo que pudiera denunciar sus manejos en vista del matrimonio; y como era prima mía y me conocía desde niño se permitía toda aquella familiaridad. Había otras jóvenes de mas edad que ella que se disputaban mis preferencias; pero ninguna con la misma indiscreción.

Eso no la impedía estar de cu-chicheos con Arturo, el cual, como siempre, se burlaba de mí y constantemente me pedía le regalara algo. No era malo mi hermano: yo le quería, y en el fondo tal vez él me profesaba algún afecto; pero había sido tan mimado...! Era tan loco, tan joven y la vida le brindaba tales goces! ¿Qué de extraño tiene que fuera inconsciente del mal que me hacía? ¿Qué así obrara por ligereza y no por mal corazón? ¿No se lo perdonaba yo todo y la absolvía?

Por fin me declararon formalmente comprometido con Enriqueta y se participó á los amigos que la boda se efectuaría dentro de dos meses. La respetable señora, tía de mi madre, que después de la muerte de ésta, dirigía nuestra casa y á mis hermanas, la una de quince años ya y la otra de trece, ambas condiscípulas y amigas de Enriqueta, encargóse

de todos los preparativos que, por mi parte debían hacerse. Yo me ví atado, ahogado por todos lados, sin poder respirar, ni chistar, sin atreverme á decir una palabra ante las disposiciones de los demás.

Lo que me pasaba era curioso: Arturo parecía más el prometido que yo.

Acompañaba á mi novia á todas partes junto con la madre y mis hermanas, en tanto que el ridículo servidor de usted, señor don Pedro Tilo, se quedaba en casa leyendo ó escribiendo, metido en la más apartada pieza de sus habitaciones; feliz, muy feliz de que le dejasen tranquilo, siquiera por algunas horas, prodigando para conserguirlo billetes de Banco y cuanto le pedían para las compras que cada cual quería hacer. Qué quiere usted? El dinero no me costaba nada y habría yo deseado gastarlo todo con tal que me fue-

se permitido verme libre de toda aquella pesadilla insoportable para mí. Mi libertad! Cuando de noche me hallaba solo, lejos de todos en mi dormitorio, venfanme impulsos de huir, de salir de incógnito de la ciudad y de echarme á viajar, á viajar por países extranjeros donde nadie me conociese, donde nadie tuviese noticias de mí! ¿No vivía yo como extranjero en mi casa? ¿Acáso contaba yo con verdaderos afectos de familia? Todo lo que se hacía por mí y á nombre mío ¿no era una farsa, odiosa á mis ojos?

La idea de fugar se implantaba en mi cerebro cada noche con más insistencia; impedíame dormir, y se posesionaba de mí hasta en el día; y solo me faltaba la energía necesaria para ponerla en práctica. ¡La energía! ¿Qué sería lo que podía inspirármela cuando todos mis planes se desvanecían ante una mirada severa de mi pa-

dre ó una palabra suya? Siempre creí ser adivinado. Y al pensar que iba á ser descubierto, temblaba como un azogado. ¡Cómo se burlarían de mí! ¿Cómo podría soportar la rechifa que mi ridículo proyecto iba á atraerme de parte de los demás y la cólera del autor de mis días? Sentíame incapaz de arrostrar todo esto y arrastraba mis cadenas.

Ocurrió el suceso que me determinó a romperlos. Una noche al atravesar una galería solitaria para entrar en mis habitaciones, ví un papel doblado en el suelo. Recogílo maquinalmente creyendo que sería algo que se había escapado de mi propio bolsillo; lo abrí y leí sin la menor sospecha de lo que iba á encontrar en él.

Era nada menos que una carta de Enriqueta, mi novia, á mi hermano Arturo. ¿Me preguntareis, señor don Pedro Tilo, cómo fué que la leí, siendo, tan timorato



de conciencia y tan escrupuloso?

No lo sé, tal vez fué inspiración providencial para salvarme! Es lo cierto que, sin pensar en nada, ni bueno ni malo, desdoblé la carta y me puse á recorrerla con la vista. Oh! va usted á comprender si me interesó. La recuerdo punto por punto. Ni una sola palabra se me ha olvidado y voy á repetírsela á usted. Decía así:

“¿Es posible, mi querido Arturo, que tengas celos de Serafín? No me lo digas porque me hace reir. Si no puedo mirarle nunca seriamente; y el pobre vuelve los ojos á otro lado para no ver que de él me burlo. ¿Qué es lo que te disgusta? ¿El que nos casemos tu hermano y yo? Si no por eso seré menos libre... Serafín huirá de mí después de casado como ahora y yo no haré esfuerzos para retenerlo: si él no me quiere, me-

nos puedo quererle yo; es tan feo, el pobrecito! Nadie podrá creer que es tu hermano y tan ridículo con su timidez!! Con él me caso porque una joven como yo debe casarse. Soy huérfana y pobre. Bien quisiera poderme casar contigo, pero dice mi madre que eso es imposible; tu careces de fortuna personal: eres demasiado joven para proporcionártela y tu padre jamás consentiría en que me hicieras tu esposa. Comprendo estas razones que me dá mi madre que sabe pensar muy bien y es la que me ha determinado á aceptar á Seraffín. ¿No vale más que me case con él que no con otro? Haré lo que me dé la gana después de casada. Dispondré de lo suyo como me plazca y tengo la seguridad de que él se dará por satisfecho. Si le dejo solo con sus libros me voy de paseo contigo con más libertad que al presente. ¿Tendrás todavía celos y me es-

cribirás otras como las que me escribiste ayer?

Tu Enriqueta que solo á tí quiere y que te envía un beso no pudiendo dártelo. Hasta mañana! Cree en mí.

P. D.

Una cosa se me ocurre y no me llames loca. Me ha pasado por la cabeza en este instante. ¡Qué feo debe ser Seraffín cuando duerme! ¿Le has visto alguna vez? Yo espero no verle. Ríete á carcajadas como yo me río. En verdad que soy loca! Pobre Seraffín!

Otro beso y adios!”

Esta cariñosa é instructiva carta me decidió. Dí gracias al cielo por haberla encontrado. Después de leerla y releerla la guardé en mi bolsillo. ¿Qué aguardaba yo más? Una vida de martirio? La vergüenza escandalosa? El insulto tolerado al parecer por mí? ¿No

eran estos accidentes en perspectiva punto más ridículo para mí que todo lo que yo pudiera intentar? Porque yo no dudaba de que mi hermano y mi novia, obraran en aquellos momentos con más inconsecuencia que en otras cosas; pero el tiempo y la ocasión de seguro les harían culpables. Yo, conociendo sus intenciones, debía evitarles el crimen que contra mí, locamente se preparaban á cometer y sustraerme á la vergüenza y á la responsabilidad que sobre mí recaería si dejaba que las cosas siguieran el curso que llevaban. Era preciso huir.

Al día siguiente, amanecía apenas, cuando salí de mi casa en busca del viejo notario de mi padrino, que continuaba siéndolo mío. Toqué á su puerta, obliguélo á levantarse y á escucharme. Era un anciano muy serio, de carácter raro, muy bueno en el fondo. Le espuse mi situación; le

mostré la carta de mi novia á Arturo y le pedí con lágrimas en los ojos que me ayudara para llevar á cabo mi propósito. El tenía en sus manos mi fortuna personal de la cual, según el testamento de mi padrino podía yo disponer libremente. Si me ausentaba, nada era para mí más fácil que desaparecer bien provisto de dinero y de recomendaciones de mi viejo notario.

El buen hombre cuya absoluta discreción me era conocida, se interesó por mí y favoreció de todo punto mis proyectos. Por mejor decir, hízolo él todo para realizar mi fuga. Consiguióme un pasaporte en el cual estaba inscrito con un nombre supuesto y me facilitó todos los medios de evasión. Gracias á él he podido viajar hace más de un año sin ser molestado por mi familia. Por mi viejo notario, no tuve novedad. Mi padre está furioso contra mí. Enrique-

ta ha ido á pasar una temporada á casa de unos parientes en la ciudad vecina. Las gentes han reido de la aventura diciendo que de mí no podía esperarse otra cosa. He legado mis derechos á la herencia paterna á mis hermanos, y de ese modo he roto con el pasado. Mi vida hoy no es peor de lo que era antes. Mi maldita timidez, hame acarreado mil desagradables incidentes; mi fealdad ha divertido en todo el mundo, ¿qué quiere usted? Pero soy libre. Voy donde me parece sin que nadie me conozca, sin el temor anticipado de que los que saben quien soy se burlen de mí. He descubierto que los viajes son el recurso más eficaz para salir de sí mismo y olvidar la propia personalidad. He tenido que bastarme solo para todo, y las continuas al mismo tiempo que variadas ocupaciones y preocupaciones que ocasionan los cambios incesantes



de lugar, me permiten conservar una idea fija, distraer soberanamente la imaginación y formar más que todo el carácter.

Mi padre no me reconocería, viéndome atender á mis asuntos y disponer por mí mismo de mi persona. Soy siempre invenciblemente tímido cuando no me encuentro forzado á aceptar la compañía de los demás, me encierro con mis libros, como en el colegio. He enriquecido mi biblioteca con obras escogidas que conmigo viajan y con esto me he creado amigos incapaces de burlarse de mí. Shakespeare es uno de mis preferidos. Cómo le hubiera servido mi historia para escribir uno de sus dramas sublimes! Aprovechélo usted, señor don Pedro Tilo, y págume.

- ¡Pero no me ha dicho usted aún porqué hizo la apuesta...

- Porque seguro de ganar, destino ese dinero al primer pobre

diablo que encuentre en mi camino y que me iguale en fealdad siendo miserable.

—Es graciosa la idea...

—¿La encuentra usted burlesca?

—No amigo.

—Luego creo que ese dinero, el primero que habré ganado de algún modo, empleado así, me atraerá la buena suerte.

—¿Cuál es la que usted espera?

—Recorro el mundo en busca de un sér, diré con más franqueza de una mujer, joven ó vieja, hermosa ó fea, rica ó pobre, honrada ó abatida, que después de tratarme no se burle de mí; que me ame por mis dotes morales sin fijarse en mi figura; que compadezca mi necia timidez y que me aliente para dominarla; es decir, la mujer de mis sueños la única á quien yo pueda amar.

—Y la encontrará usted...!

—No se ria, don Pedro.

—Su desconfianza me divierte.

—Todo en mí es jocoso...

—Si no es involuntariamente.

—Lo sé. Y como eso es lo que he apostado, pague usted y dígame adios...

Si, á pesar mío, muy á pesar mío, porque aquel pobre joven tan rico, elegante de traje y culto de maneras y de lenguaje, me inspiraba compasión, lancé la carcajada que pugnaba por contener hacia largo rato y me levanté de la mesa ante la cual conversábamos. Era el infeliz tan feo, y más que feo en realidad, tan grotesco, sin que se pudiera decir que su chocante fealdad residía en sus facciones, en su cuerpo ó en qué. Era en todo, en su aire, en su voz, en su andar cierta cosa que como un cosquilleo nervioso provocaba la hilaridad.

El excelente joven no se conmovió y me tendió la mano. Yo le abrí mis brazos y le estreché en

ellos riendo; en el fondo conmovido.

—Créamelo, amigo mío, le quiero á usted!

—¿De veras?

—A pesar de que me ría, se lo juro.

—Entonces le regalo los mil dollars, y seremos amigos, aunque guarde siempre mi incógnito.

—¡Otro abrazo, mi querido Serafin.

—¡Cuidado con ese nombre!

—No me vuelva usted á hacer reír.

—Adios. Le escribiré á usted.

—Cuento con ello.

—Y aproveche mi *historia*.



